

28

*Iglesia y Universidad
en América Latina*

*Orientaciones de la Iglesia
y de la Compañía para la
pastoral universitaria de AUSJAL*

P. Valentín Menéndez, S. J.

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
BIBLIOTECA FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO

Menéndez, Valentín

Iglesia y universidad en América Latina), orientaciones de la Iglesia y de la Compañía para la pastoral universitaria de AUSJAL

1. Iglesia Católica - Educación - América Latina. 2. Jesuitas - Educación superior-América Latina.
3. Asociación de Universidades Confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina. I. t. II. Serie

LC 505 A2.M46.2000

1a. edición, 2000

D. R. © Valentín Menéndez, S. J.

D. R. © Universidad Iberoamericana Plantel Golfo-Centro
(Comunidad Universitaria Golfo-Centro, AC.)

D. R. © Universidad Iberoamericana Plantel León
(Promoción de la Cultura y la Educación Superior del Bajío, A. C.)

D. R. © Universidad Iberoamericana, A. C.
Prol. Paseo de la Reforma 880
Col. Lomas de Santa Fe
Deleg. Álvaro Obregón
01310 México, D. F.

ISBN 968-859-395-8

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

ÍNDICE

Presentación.....	3
I.- Introducción:.....	5
II.- De la Colonia hasta mitad del siglo XX.....	5
2.1.- Tradición educativa desde la colonia.....	5
2.2.- La Acción Católica y la Universidad en América Latina.....	6
2.3.- Nacimiento de las universidades de AUSJAL.....	7
III.- La Irrupción de los pobres en la sociedad y en la Iglesia.....	8
IV.- Influjo del Concilio en América Latina.....	9
4.1.- Latinoamericanos en el Concilio.....	9
4.2.- Medellín.....	9
V.- Documento de Buga y reunión de Arrupe con provinciales de A. L.....	10
5.1.- Medellín no se improvisó.....	10
5.2.- Documentos pontificios.....	11
5.3.- Ambiente latinoamericano.....	11
5.4.- Documentos eclesiales sobre la universidad.....	12
5.5.- La carta de Río, de Arrupe.....	13
VI.- Hitos de la renovación universitaria.....	14
6.1.- Un modelo para el cambio social.....	14
6.2.- Aporte del P. Peter Hams Kolvenbach.....	16
VII.- Pueblo y Santo Domingo: el nuevo desafío de la identidad cultural.....	18
7.1.- Aportes sobre la Universidad Católica y nuevos retos.....	18
7.2.- Respuesta actualizada de AUSJAL.....	19
VIII.- Metas para el tercer milenio.....	20
Conclusión.....	22
Introducción.....	24
I.- El Concilio como respuesta al reto de la ruptura entre Evangelio y Cultura, de la lejanía entre Iglesia y Mundo.....	27
II.- El Concilio como tránsito de la Iglesia Occidental a la Iglesia mundial.....	28
III.- La Ex Corde Ecclesiae y la Pastoral Universitaria. (1990).....	30
3.1.- Introducción.....	30
3.2.- Contenido de la misión de la universidad.....	30
3.3.- La pastoral dentro de la misión de la universidad.....	31
3.4.- Aplicaciones prácticas.....	32
IV.- <i>Ecclesia in America</i> (1999).....	32
Aplicaciones prácticas para nuestra pastoral:.....	34
V.- Medellín, Puebla y Santo Domingo.....	34
5.1. Medellín.....	34
5.2.- Puebla y Santo Domingo.....	36
VI.- Especificidad jesuítica de AUSJAL.....	38
6.1.- Los Ejercicios Espirituales.....	38
6.2.- La actualización de la Misión de la Compañía de Jesús: CG34.....	39
VII.- Una autodefinición de AUSJAL.....	42

Presentación

¿Qué Universidad, para qué milenio? ¿Cuáles son los retos que la realidad plantea a la Universidad en general, y en particular a las de inspiración cristiana? ¿Hasta dónde la Universidad está dispuesta a responder? Éstas son, entre otras, algunas preguntas que surgen al dar lectura a los escritos que hoy presentamos.

El P. Valentín Menéndez, S. J., nos invita a reflexionar en torno a la Iglesia y Universidad en América Latina y en las dimensiones pastorales que se desprenden de esta relación. Son dos conferencias pronunciadas en el V Encuentro del Sector de Pastoral de AUSJAL, realizada en Recife, Brasil en mayo de 1999, por su importancia nos parece conveniente compartirlas en este texto.

En la primera conferencia, “Iglesia y Universidad en América Latina”, el P. Menéndez nos invita a recuperar la emergencia histórica relacional de Universidad a Iglesia, los retos que se irán veniendo planteando, y sobretodo discernir “cuál es el interés último de la actividad universitaria”. Si vivimos en apertura a Dios y al hermano, o más bien desde una “cultura cerrada en la que hay poco lugar para la solidaridad humana y para la trascendencia religiosa”, asumiendo el reto de “construir una Latinoamérica nueva, con sociedades no sólo más productivas sino también más Justas... En donde el ser humano, potenciado por la educación, es el elemento clave del desarrollo”.

En la segunda conferencia “Orientaciones de la Iglesia y de la Compañía para la pastoral universitaria de AUSJAL”, en un primer momento nos permite recordar las “enseñanzas fundamentales de la Iglesia y de la Compañía de Jesús en relación con el apostolado universitario”. En donde la misión de la Universidad, y su pastoral misma, están en el “campo de lo cultural, que es el campo en que se juega el futuro de la fe y... del mundo”, en donde se pretende unir “fe y vida, fe y razón, evangelio y cultura, experiencia de fe y compromiso social y profesional”. Y dentro de esta “ambiciosa misión”, como la califica el P. Menéndez, es donde se inserta el trabajo de pastoral universitaria, la cual ha de realizarse como un todo, “no sólo en sus investigaciones y enseñanza sino en todas sus actividades y hasta en su modo de organizarse”.

Dejamos, pues, en sus manos este texto que consideramos va a ser de una gran ayuda para la reflexión y la práctica del ser y quehacer de la Universidad. Creemos, que por su contenido, es un aporte significativo a los retos que nos plantea el nuevo siglo.

Iglesia y Universidad en América Latina

I.- Introducción:

La finalidad de mi intervención es mostrar la creciente actualidad apostólica de la misión universitaria en América Latina en el presente siglo.

Me referiré particularmente a las universidades católicas o de inspiración cristiana encomendadas a la Compañías de Jesús: ese grupo de cerca de treinta universidades que están coordinadas en AUSJAL y cuya vinculación a nivel de misión y actividad universitaria se encuentra en un proceso continental lleno de interés y sobre todo de promesas.

El objetivo de esta charla es alimentar el sentido y entusiasmo por la unión universitaria, haciendo un rápido recorrido histórico de las vicisitudes vividas en el presente siglo en las relaciones entre Iglesia y Universidad católica.

Me dicen que, aparte de los asistentes al Seminario de Pastoral de AUSJAL, están reunidas aquí las personas que más pueden influir en el ideal de integración humana y cristiana de esta universidad. Sin duda que la benevolencia de ustedes será la mejor ayuda para la consecución del objetivo que me he propuesto.

II.- De la Colonia hasta mitad del siglo XX.

2.1.- Tradición educativa desde la colonia.

En esta exposición no podemos remontarnos a la red de instituciones educativas que la Compañía de Jesús estableció en toda Iberoamérica durante la Colonia. Baste decir que constituía la red educativa más importante del continente. Los historiadores con frecuencia recuerdan el drama que supuso para la educación y para las misiones entre indígenas en todas las colonia de España y Portugal la expulsión de la Compañía de Jesús por parte de las cortes de Portugal y España en la segunda mitad del siglo XVII.

La relación de la Universidad con la Iglesia durante todo el siglo XIX fue también muy difícil, primero por toda la ebullición de las guerras de emancipación y después por las tensas relaciones entre liberalismo e Iglesia. Aunque los matices en cada país pueden ser muy diversos. Pero en general los estados se sentían con derecho a asumir la totalidad de la educación y no permitían que la Iglesia se introdujese en este campo. Apenas después del primer cuarto del presente siglo empieza a sentirse la presencia institucional de la Compañía de Jesús en el mundo universitario.

De todo esto pueden ustedes encontrar información en la “Guía de las Instituciones Educativas de la Compañías de Jesús” del año 1998 publicada por nuestro Secretariado de Educación en Roma. En las Instituciones de Enseñanza Superior -fuera de las clásicas como el Colegio Romano (actual Universidad Gregoriana) o el Colegio de Innsbruck- las más antiguas son las Universidades Norteamericanas, comenzando por la Universidad de Georgetown de Washington que abre sus puertas en el último cuarto del siglo XVII en el año 1789, cuando precisamente en toda la América Latina se habían cerrado todas las instituciones jesuitas por la supresión de la Compañía de Jesús decretada por el Papa.

2.2.-La Acción Católica y la Universidad en América Latina.

En América Latina la primera universidad en abrir de nuevo sus puertas en este siglo es la Universidad Javeriana de Bogotá que comienza sus labores en 1930. Curiosamente La Javeriana de Bogotá retrotrae su fundación al año 1623 como la fecha real de su fundación. La actual Javeriana se considera heredera legítima de una de las primeras instituciones universitarias de la Colonia en Colombia.

Es importante en el presente siglo resaltar la fecha de 1930. ¿Por qué? Porque nos atreveríamos a señalar esa fecha como el inicio de una presencia creciente de la Iglesia en la Universidad latinoamericana. ¿En qué fundamos nuestra afirmación?

Pocos años antes fundaba en Roma Pio XI la Acción Católica, como la presencia y la extensión de la acción del laicado católico en el mundo. Pronto se extendió la Acción Católica en casi todos los países de América Latina. Y dos ramas de ella fueron especialmente importantes en varios de nuestros países: la rama obrera y la rama universitaria.

Efectivamente, la rama universitaria, aunque minoritaria en número, significó un aporte importante de y a la Iglesia de América Latina: aportó dos características al catolicismo latinoamericano que han permanecido hasta nuestros días: su sentido social y la participación seglar:

Quienes con más interés e incidencia en la realidad estudiaron las encíclicas sociales de los papas fueron los jóvenes universitarios de la Acción católica. No podemos olvidar que no pocas de las grandes personalidades eclesiales que empujaron la renovación latinoamericana del posconcilio estuvieron vinculados a la Acción Católica, sobre todo universitaria. Sin duda que les sonarán nombres como los de Manuel Larraín (uno de los impulsores y primer presidente del Celam después del Concilio) y el Beato Alberto Hurtado en Chile. Monseñor Helder Cámara y muchos de los obispos nombrados en la década del 55 al 65 por el nuncio Lombardi en Brasil, trabajaron primero en la acción católica. El Cardenal Landázuri y Gustavo Gutiérrez en el Perú fueron también los asesores de la acción católica universitaria. Roma misma ya en el Pontificado de Pio XII -empujaba en la dirección del compromiso social en América Latina, como manifiestan estas líneas del Cardenal Tardini, íntimo colaborador de Pio XII: “resulta mucho más doloroso comprobar cuán frecuentemente aún, quien hace amplia profesión de fe y devoción a la iglesia, se muestre insensible a los propios deberes sociales... El porvenir de la Iglesia depende sobre todo de la sensibilidad de los católicos hacia estos deberes sociales”.

La A. C., y sobre todo la rama universitaria, se inscribe en el grupo de movimientos que propiciaron un clima de apertura eclesial en América Latina, contribuyendo decisivamente a la actuación política del laicado y a una nueva articulación de fe y realidad socio-política. El método de ver, juzgar y actuar que la Iglesia jerárquica y la teología latinoamericana tanto han utilizado durante estos años era el método de formación empleado por la acción católica.

Entre los laicos ilustrados podemos en este contexto recordar sólo un nombre clave en el desarrollo del pensamiento social de la Iglesia de mitad de siglo, Alceu Amoroso Lima, que introdujo en el Brasil el pensamiento de los grandes pensadores católicos franceses más abiertos de su tiempo (Maritain, Bernanos, Mourner) y mantuvo la inquietud social cristiana cuando el año 64 se presentó la gran crisis de la Acción Católica en este país.

En estos años de los cuarenta y cincuenta algún autor llega a mencionar que había países en los que la Iglesia había hecho en la práctica “la opción preferencial por los universitarios”. Eran los años de la Iglesia de “Nueva Cristiandad” en los que la Jerarquía ya había dejado las aristocracias agrarias conservadoras para apoyarse en la realización de su misión en las clases medias universitarias que estaban aspirando al poder político inspiradas por la doctrina social de la Iglesia. El nuncio de Chile por ejemplo, Monseñor Zanin, ponía su esperanza, escribiendo en el año 50, en los jóvenes universitarios y profesionales de clase media que estaban decididos a “realizar en el país el catolicismo social”.

2.3.- Nacimiento de las universidades de AUSJAL.

Después del nacimiento de la Universidad Javeriana en Bogotá en 1930, en medio de este clima eclesial de valoración universitaria como expresión de la nueva presencia de la Iglesia, en las sociedades Latinoamericanas, empiezan a nacer las universidades de AUSJAL.

En los años 40 y 50 se multiplican. En los 40 es el nacimiento de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, de la, Facultades de la Fundación de Ciencias Aplicadas y de la Facultad de Economía de San Luis en Sao Paulo, la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, y la IBEROAMERICANA de México. En la década de los 50 nace la Universidad Católica de Pernambuco, el año 51. La Universidad Católica Andrés Bello de Caracas abre sus puertas el 53, el mismo año que la Católica de Córdoba y el ILADES de Santiago de Chile, y acercándose al final de los cincuenta, el 57, nace el ITESO de Guadalajara en México. Y a comienzos de los 60 aparecen junto con la Universidad del Pacífico en Lima, las universidades en Centroamérica de Nicaragua, Guatemala y San Salvador, pero ya no como universidades católicas sino como universidades de inspiración cristiana, como las de México. Son las últimas antes de la crisis de las instituciones educativas que tuvo lugar después de los grandes acontecimientos del Concilio Vaticano II y de Medellín.

Si exceptuamos la “Universidad do vale do Río do Sinos” UNISINOS en San Leopoldo, que nace en plena crisis posconciliar en el 69 y que en pocos años ha tenido un crecimiento espectacular, podemos observar que a partir de la terminación del Concilio no se fundan nuevas universidades (al menos de AUSJAL) en América Latina. Como que se hubiese acabado el tiempo de las grandes instituciones.

Tenemos que esperar casi hasta la década de los noventa -inaugurada tímidamente por el nacimiento de la Universidad Católica de Montevideo y las extensiones de la Ibero en México a finales de los ochenta- para que se dé de nuevo una oleada de instituciones jóvenes de enseñanza superior. República Dominicana (1990?), Perú (1991) y Paraguay (1997) abren Institutos Superiores de Filosofía en esta década de los noventa, y en 1998 Chile convierte el ILADES en Universidad Alberto Hurtado. Perú está pensando convertir su Instituto de Filosofía P. Montoya en universidad. Hasta Fe y Alegría está dando los pasos para abrir una Institución de Educación Superior en Venezuela especializada en la formación de educadores. Por no mencionar la puesta al día de los Estatutos de la Asociación de Universidades encomendadas a la Compañías de Jesús en América Latina AUSJAL en el año 1990 que constituye también un signo de la renovada dinámica universitaria de estos últimos años.

¿Qué ha pasado? ¿Es casual que haya habido un primer intenso oleaje de universidades a mitad de siglo, que después se haya producido un paréntesis universitario de dos decenios de duración, y que finalmente estos últimos años de nuevo haya sentido la Compañías de Jesús la necesidad espontánea de tener en cada país una institución de educación superior? La respuesta a esta interrogante es el hilo conductor de nuestras reflexiones. Explicado el primer entusiasmo universitario en la primera mitad de

siglo, pasemos ahora a intentar comprender los veinte años de paréntesis y crisis que siguieron al Concilio y Medellín.

III.- La Irrupción de los pobres en la sociedad y en la Iglesia.

Para responder a esta interrogante estamos obligados a hacer alusión a un hecho histórico mayor. Haberlo formulado ha sido mérito de Gustavo Gutiérrez, que ha tenido el carisma de acertar a formular las ideas y momentos importantes de la Iglesia latinoamericana. En la segunda mitad del siglo acaece en América Latina un hecho histórico importante y al mismo tiempo nuevo: la aparición influyente de los sectores marginados de la población en la conciencia de la sociedad y de la Iglesia. Es lo que Gustavo Gutiérrez formuló como la “irrupción de los pobres”.

Aunque me inclino a dar razón a José Comblin cuando juzga que esta irrupción de los pobres en la sociedad (al menos latinoamericana) ha sido más de deseo que de realidad, y que más que un hecho socio-político ha sido un hecho teológico en la conciencia cristiana de la Iglesia latinoamericana. No obstante todo esto, hay datos históricos concretos nuevos que nos señalan la aparición de realidades no tenidas en cuenta y que conviene reseñarlos para ubicar a intentar explicar la crisis educativa institucional vivida en los años posconciliares.

Hay una fecha histórica que ha pasado casi desapercibida pero que me parece de enorme importancia en el presente siglo. Es el año 1955. Se dan en este año una serie de hechos que en este contexto quiero reseñarlos para conferir con ustedes mi hipótesis de trabajo.

En 1955 hall pasado ya diez años de la segunda guerra mundial. En una ciudad de Asia, Bandung, tres famosos líderes de la posguerra -Nehru de la india, Tito de Yugoslavia y Nasser de Egipto- convocan a las nuevas naciones recién descolonizadas de África y Asia. Quieren formar un grupo de naciones independientes de las dos grandes potencias: Estados Unidos y Rusia que viven en esos momentos años de lucha por la hegemonía en el mundo. Precisamente en Bandung nace el grupo de “naciones no alineadas”, un grupo de naciones pobres que al mismo tiempo, quiere tener su palabra propia y su cuota de poder en la historia: ¡ha nacido el tercer mundo! A este grupo de países pronto se adhieren las naciones de América Latina. Esta realidad del tercer mundo, al menos hasta 1989, ha sido un hecho mayor nuevo en la historia del presente siglo y podemos considerarlo como la “irrupción” política de los países pobres en la historia del mundo.

Exactamente el año 1955 -y por influjo del Vaticano que quiere dinamizar la Iglesia latinoamericana que ya empieza a aparecer al menos en los números como el gran continente católico del mundo-, se reúnen los obispos en Río de Janeiro y se crea la primera conferencia episcopal continental de la Iglesia: el Consejo Episcopal latinoamericano (CELAM). Constituirá unos vasos comunicantes importantísimos para la conciencia cristiana en el continente.

Mucho más silenciosa y humilde es la intuición del entonces General de la Compañía de Jesús: P. Juan Bautista Jansens. Viendo las enormes diferencias sociales de América Latina y el crecimiento de la conciencia atea en los líderes que buscan sociedades más justas, toma una decisión inusitada: nombra un visitador para la cuestión social con plenos poderes en América Latina. Y la primera medida que toma es visitar todo el continente y empezar a formar grupos de especialistas en ciencias sociales y económicas (!fuera de las Universidades!) para estudiar y acelerar la conciencia social cristiana del continente. Los jesuitas estaban convencidos que si la actitud de los católicos en relación con los problemas sociales no cambiaba rápidamente las consecuencias podían ser imprevisibles en este continente católico. Curiosamente no se utilizaron las universidades como instrumento adecuado para

este proceso de cambio de la conciencia social del continente, sino equipos especializados que formarían centros de investigación y acción social conocidos como los CIAS.

No estaba tan fuera de la realidad el General de los Jesuitas, pues aunque la revolución en Guatemala del año 1954 -en la que también estuvo el Che Guevara- no prosperó, el 1 de enero de 1959 Fidel Castro llegaba al poder en un país todavía mucho más vecino a Estados Unidos: Cuba. Ustedes sin duda han leído o vivido la enorme repercusión que tuvo el triunfo de la revolución cubana en todo el continente.

IV.- Influjo del Concilio en América Latina.

4.1.-Latinoamericanos en el Concilio.

Curiosamente, sólo pocos días después de la entrada triunfante de Fidel Castro en la Habana, y en un contexto distinto de *aggiornamento* y ecumenismo, Juan XXIII también en enero de 1962, en el día de la conversión de San Pablo, convoca inesperadamente a toda la Iglesia a un Concilio Ecuménico: el Vaticano II. Fue también un impacto que agarró de sorpresa a todo el mundo católico y cristiano: los que tenemos algunos años recordamos todavía el momento y el sitio exacto en el que nos llegó la noticia. El mismo Papa Juan XXIII, en el discurso de convocación del Concilio, en diciembre de 1962, en una cita que gusta mucho a los teólogos latinoamericanos, se expresaba así: “de cara a los países subdesarrollados la Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como la Iglesia de todos, y especialmente como la Iglesia de los pobres”.

Durante todo el concilio (1962-1965) los obispos latinoamericanos estuvieron muy callados. Participaron poco pero escucharon mucho. Parecía que no se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo en este acontecimiento que marca un nuevo hito en la historia de la Iglesia. Pero en contra de las apariencias, los obispos y participantes de América Latina estaban experimentando un profundo cambio interior que podemos concretar en tres actitudes nuevas.

La primera se refiere a la nueva Iglesia que se está gestando en el Concilio: estaba naciendo la Iglesia mundial a partir de la Iglesia occidental durante tantos años había sido la única protagonista cristiana. América Latina aprende a decir su palabra propia y a ocupar su sitio propio en esa Iglesia mundial nueva que nace del Concilio Vaticano II. La segunda actitud ya no es hacia dentro sino en relación con el mundo: como quería Juan XXIII la Iglesia ya no puede vivir cerrada en sí misma sino que tiene que abrirse al mundo, conocerlo, identificarse con la verdad honda del hombre moderno y servirlo. Finalmente los obispos presentes en el Concilio aprendieron a dejarse llevar de la nueva actitud que vive la iglesia conciliar: actitud de libertad, sin miedo al cambio y a la creatividad del Espíritu.

4.2.- Medellín. .

Con razón dice un conocido historiador europeo que la Iglesia que mejor supo asimilar el Concilio fue la Iglesia latinoamericana: aprendiendo a decir su propia palabra, abriéndose al mundo y con una nueva actitud de libertad y cambio se redescubre a sí misma, y lo hace como la iglesia de las grandes mayorías pobres y creyentes del continente, mayorías de un profundo sentido de Dios pero que viven una vida dura y muchas veces en situaciones de injusticia que claman al cielo. Surge entonces la

palabra de la libertad y de la creatividad de la Iglesia latinoamericana formulada ya atinadamente por el cardenal Landázuri de Lima en la clausura misma de Medellín: “somos hombres de un pueblo -América Latina- que comienza a descubrir, en la encrucijada de las naciones su propia conciencia, su propio quehacer... Nuestras prioridades son los pobres de este continente, es decir, Cristo, presente en ellos... pues toda la tradición de la Iglesia reconoce en los pobres el Sacramento de Cristo (Pablo VI)”.

En 1968, en Medellín, la Iglesia latinoamericana descubre no sólo su realidad sino también hace una profunda experiencia de fe: irrumpen los pobres como Sacramento de Cristo en la conciencia de la Iglesia, lo que supone un cambio fundamental si además se tiene la conciencia de la amplitud y complejidad de sus problemas.

No se olviden que ese año de 1968 es un año trascendental en la historia de occidente, quizá sea el año en que se pasa de la modernidad a la posmodernidad. Es el año de todas las revueltas universitarias en Europa, Estados Unidos y México, como expresión de la insatisfacción de las nuevas generaciones que intuyen que un mundo muere y que empieza algo distinto sin poder formular exactamente qué. Es el año de la primera crisis fuerte del comunismo con la invasión de los tanques rusos haciendo añicos la primavera de Praga. Es también el año de la *Humanae Vitae*, y este es el año de *Medellín*.

Todo esto revuelto, agítelo ustedes y arrójenlo en medio de los campus universitarios de Latinoamérica. ¿Qué puede pasar? ¿Cómo se puede evaluar la Universidad católica ante el enorme reto de promocionar la justicia para conseguir la paz expresado en Medellín?

V.- Documento de Buga y reunión de Arrupe con provinciales de A. L.

5.1.- Medellín no se improvisó.

Se tuvieron muchas reuniones previas. Se escribieron muchos documentos interesantes. Exagerando podemos hasta decir que la *Populorum Progressio* de Pablo VI de 1967 fue también un documento para preparar Medellín: la encontrarán ustedes citada tantas veces como la GS del Vat. II. Dudo que otro continente la haya asimilado tan apasionadamente.

Pero nosotros queremos fijarnos en dos documentos que expresan el cuestionamiento de estos años a las instituciones educativas de la Iglesia. El primero es el documento sobre las universidades católicas encargado por 40 obispos al Celam y elaborado por un equipo de peritos reunidos en Buga en febrero de 1967. El segundo es la carta pública conjunta de mayo de 1968 del Padre Arrupe y de los provinciales jesuitas Latinoamericanos conocida como *Carta de Río*.

Si hojeamos en el *Documento de Medellín* el apartado dedicado a la Educación nos daremos cuenta que la educación superior no juega un papel especialmente relevante. Es verdad que tampoco se la cuestiona excesivamente. Si se dice lo lejos que están las universidades de alcanzar la “democratización” deseada y que no dan “respuesta suficiente a los problemas propios de nuestro continente”. Particularmente se las juzga como muy deficientes en la puesta en práctica del debido diálogo entre teología y ciencias. Pero todo se dice en un tono relativamente sereno, sin alarma especial. Como que el tema de la educación católica superior no fuera un tema de especial interés, ni tampoco se tuvieran demasiadas esperanzas en este tipo de obras. Ésa es la impresión que al menos recibe uno relejendo estos documentos. A lo más uno creería que se estuviera más interesado en hacer presente la Iglesia no tanto en sus propias instituciones sino más bien en la, universidades civiles (n.27.28.29) “según el nuevo concepto de presencia de la Iglesia en el mundo de hoy”.

Quizá lo único que puede llamar la atención es uno de los últimos números del *Documento de Educación* en el que se dice claramente que hay una prioridad que no se puede dejar: mejorar las universidades católicas existentes “antes de promover la creación de nuevas”. Hay como una prohibición clara a abrir nuevas universidades. Bastante haría la Iglesia si mejorara las existentes tanto en su nivel académico como en su compromiso con la sociedad. Con este tipo de recomendación no debe por tanto extrañarnos que después de Medellín, durante veinte años -al menos al nivel de la Compañía de Jesús- no se hayan creado más universidades.

Pero para entender mejor el porqué de estas decisiones y de este ambiente, antes de analizar los dos documentos señalados más arriba, conviene revivir rápidamente algunos hechos históricos de aquella década.

El Documento de Trabajo de la “Conferencia de Medellín” contiene esta frase sintomática: “la alternativa no esta entre *status* que y cambia. Está más bien entre un cambio violento y un cambio pacífico”. No se dude un momento sobre la necesidad que tiene el continente de un cambio de una situación injusta a otra situación más justa. Lo único que la Iglesia quiere evitar, ante la inevitabilidad y necesidad del cambio histórico, es que ese cambio sea violento. Por ello no debe extrañarnos que el primer (y quizá más significativo documento de Medellín) sea el documento de PAZ. El segundo, naturalmente, será el de Justicia.

5.2.- Documentos pontificios.

Este ambiente sobre la necesidad de cambio hacia sociedades más justas había estado preparado en parte por documentos pontificios de comienzos de la década de los sesenta. No sólo por el Concilio. Podemos imaginar el impacto que tuvo en el Continente la encíclica de Juan XXIII *Mater et Magistra* centrada sobre todo en el problema agrario, y que provocó en no pocas diócesis del continente la entrega de tierras de la Iglesia a los proyectos de reforma agraria. Lo mismo podemos decir de la famosa *Pacem in Terris* que fue el aldabonazo que despertó a multitud de latinoamericanos a la conciencia de los derechos humanos, tan poco respetados muchas veces en el continente.

Pero sin duda la encíclica que se convirtió en detonante fue la *Populorum Progressio (PP)* de Pablo VI en 1967. Su diagnóstico sobre la situación de injusticia que clama al cielo, sobre la necesidad de cambios estructurales, incluso sobre las condiciones que podrían justificar la violencia, parecían escritas para América Latina. La PP. no sólo es el documento, junto con la *Gaudium et spes (GS)*, más citado de Medellín, sino el documento de estos años que más inspiró los escritos eclesiales, numerosísimos, anteriores a Medellín.

5.3.- Ambiente latinoamericano.

Políticamente podemos captar lo incandescente de la década si recordamos que la década de los sesenta esta enmarcada entre 1959, triunfo de Fidel, y el 1972, triunfo de Allende, y tiene en el medio el 1964, año del golpe militar en Brasil que inaugura los regímenes de Seguridad Nacional, y el 1966 en el que da el golpe el General Onganía en Argentina.

Después del triunfo de Fidel se multiplican las guerrillas en toda América Latina: 1961-63 en Guatemala, nacen los sandinistas en Nicaragua en 1961, Venezuela tiene problemas el 1962, Colombia los comienza en 1964, Perú en 1964-65, además de los intentos guerrilleros fallidos en Paraguay,

Argentina, Honduras y Brasil entre los años 1960-63. El momento álgido lo constituye la muerte del cura Camilo Torres en 1966 en Colombia, y ya el comienzo del declinar del movimiento guerrillero viene con la muerte del Che en Bolivia en octubre de 1968, pocos meses finalizado Medellín. No es de extrañar que cuando un Papa por primera vez en la historia visita el continente americano, Pablo VI en 1968, le pidan entrevista no sólo las autoridades gubernamentales sino también todos los jefes guerrilleros.

Es muy significativa del ambiente que se vivía en estos años la “Carta de los Sacerdotes del Tercer Mundo”, firmada por un grupo de 900 sacerdotes, que terminaba pidiendo a los obispos reunidos en Medellín cuatro cosas: 1.- Que no se equipare ni confunda la violencia injusta de los opresores con la violencia de los oprimidos. 2.- Que se denuncie el estado de violencia de los poderosos y se proclame el derecho de los pueblos a su legítima defensa. 3.- Que los cristianos opten por lo que contribuye a la liberación real del hombre latinoamericano y a una sociedad más justa. 4.- Y que se de a los cristianos un amplio margen de libertad en la elección de los medios más aptos para ello.

¿Podrá responder la Universidad católica a los desafíos de un continente que busca desesperadamente la justicia y la paz?

5.4.- Documentos eclesiales sobre la universidad,.

Esta situación de expectación y absoluta necesidad de cambio social, y al mismo tiempo de peligro inminente de estallido de violencia, es en la que están escritos los dos documentos que hemos escogido para el diagnóstico de la Iglesia sobre la universidad católica en el continente.

Primero presentamos el DOCUMENTO DE BUGA. Está escrito por un grupo de peritos a demanda del CELAM a comienzos de 1967. Es un excelente documento que les recomendaría leer. Aún hoy día es actual y no desmerece de los posteriores documentos que se han escrito sobre el tema de la misión de la Universidad Católica. Es un documento fundamentalmente teórico pero con un juicio muy crítico sobre el rol de las universidades católicas en el continente.

El documento presenta un bello ideal de la misión universitaria que aun hoy día tiene plena validez: la universidad como “centro elaborador de cultura”, es decir, como “conciencia viva de la sociedad en la que vive”. Y para conseguirlo se concibe a la Universidad en diálogo permanente entre disciplinas, estructuras y miembros de la comunidad universitaria entre sí y con la sociedad en la que están insertos, pues la Universidad no es otra cosa que el “diálogo institucionalizado” a todos los niveles en orden a la creación de cultura.

Pero la Universidad no es sólo esta buena universidad creadora y difusora de auténtica cultura y conciencia viva de la sociedad, sino que, como católica, debe destacar además por su “clima de libertad y caridad”, y por su serio “diálogo entre fe y ciencia” que permita una auténtica integración cristiana del saber en alumnos y profesores.

Ante este ideal tan bello el juicio de la comisión de expertos sobre las universidades católicas del continente es muy negativo. “El gran esfuerzo que han significado (a la Iglesia las universidades católicas) no ha respondido a las esperanzas en ellas depositadas”. Como en una verdadera universidad no se trata sólo de “formar profesionales” sino que hay que “sobresalir” a nivel científico y teológico para que se instaure un verdadero diálogo entre ciencia y fe, y un verdadero compromiso con el cambio de la sociedad, “desgraciadamente -son palabras del documento- un juicio honrado sobre la realidad

nos obligue a reconocer que muchas de las universidades católicas no han estado a la altura de su misión... Deberían asumir una actitud de revisión permanente que, en las actuales circunstancias significa un esfuerzo... inmediato de reformar”.

¿Y por qué juzga la comisión de expertos encargada por el CELAM que las Universidades no han cumplido su misión en los años 60? Entre otras razones por que “no han sido respuesta efectiva a una verdadera necesidad de la sociedad” sino sólo han respondido a la necesidad “de un sector particular de ella”. Aquí se hace referencia no sólo al problema de la democratización de la Universidad católica, sino también al problema del enfoque general que hace de la misma Universidad: ofrecer una buena carrera en beneficio del sector minoritario y más acomodado de la sociedad.

Otra de las razones de este fracaso de la Universidad católica es, a juicio de la comisión de expertos reunida en Buga, que la Universidad católica no ha sido consciente de la enorme responsabilidad que tiene en el momento de cambio social que está viviendo el continente. Como que hubiera vivido fuera de la realidad. Más todavía: no ha tornado “suficiente conciencia” de los enormes cambios que se estaban produciendo. Y entonces “arrastrada por el miedo a tomar posición” queda relegada al margen de la sociedad. Olvida así la responsabilidad que tiene de “enfrentar el reto cada vez más urgente de la promoción social que entraña el desarrollo”. Este reto debería concretarse en las tareas siguientes: superar el elitismo cultural, desenmascarar la mentira tan frecuente de nuestras sociedades, estudiar los problemas de la sociedad ofreciendo soluciones a ellos, y en fin, gestar una cultura autóctona y latinoamericana.

El documento se termina con una recomendación prioritaria que es la que adopta el *Documento de Medellín*: mientras no mejoren las Universidades católicas existentes, no abrir nuevas universidades. Y desde ya la Iglesia debe crear un mecanismo competente para evaluar y planificar la realidad universitaria católica en el continente.

5.5.- La carta de Río, de Arrupe.

A esta luz no debe extrañarnos que el P. Arrupe, reunido con los provinciales jesuitas latinoamericanos al año siguiente, Mayo de 1968, haya trazado la estrategia de la Compañía de Jesús para los años siguientes.

Los superiores jesuitas se inspiran en los documentos de la Iglesia, sobre todo en la PP. a inspirados en ella comienzan tomando conciencia de lo duro de la realidad latinoamericana: “situación de injusticia que exige castigo de Dios” (PP. 30) y crecimiento acelerado en el que “la sociedad tradicional desaparece con su cultura”. Injusticia y cambio cultural sin precedentes.

Ante el reconocimiento de esa realidad dramática no queda más que reconocer la propia culpa y comprometerse a las transformaciones “que renueven radicalmente las estructuras de la sociedad”(PP.32) y eso no por moda revolucionaria sino sencillamente como el “único medio, de promover la paz social” en Latinoamérica.

Como ven ustedes, se está respondiendo con gran consecuencia a los planteamientos de Buga, pues esto acaece unos meses antes de la reunión de los obispos en Medellín. Los jesuitas en este compromiso quieren proceder como religiosos, es decir, no tomando las armas o haciéndose líderes políticos, sino “inspirando las conciencias personales y colectivas” y una actitud integradora que sea capaz de unir fe y vida, vida privada y compromiso socio-profesional.

Es importante tener en cuenta que el P. Arrupe y sus compañeros para conseguir este empeño escogen una nueva estrategia: por una parte diversificar los recursos y dedicar esfuerzos a trabajar con las masas pobres, y por otro solidificar los Institutos de investigación y acción social recientemente creados. Pero sería absurdo olvidar todo lo demás que se está haciendo y por ello también se decide que este empeño social se sienta también en toda la educación secundaria y universitaria tradicional en la que tiene que darse un “cambio radical”: las instituciones de enseñanza tienen que ser centros activos de justicia social y democratización educativa. Los alumnos que llegan a nuestras universidades buscando sólo asegurar su futuro, han de ser invitados a cambiar sus objetivos egoístas y ojalá llegar a ser también agentes de cambio en su sociedad. El P. Arrupe le gustaba explicitar este ideal educativo hablando de “hombres y mujeres para los demás”.

Se es conciente que la “empresa universitaria es verdaderamente difícil”. Pero se quisiera al menos “plasmear en algunas obras piloto las aspiraciones” aquí señaladas. Ojalá, dice el P. Arrupe y sus compañeros, que nuestra fe y nuestro amor estén a la altura de la llamada angustiada del mundo de hoy”.

VI.- Hitos de la renovación universitaria.

6.1.- Un modelo para el cambio social.'

Arrupe pedía el año 1968 que algunas obras piloto plasmaran las aspiraciones formuladas por él y los provinciales: “un cambio radical” por el que las instituciones se convirtieran en “centros activos de justicia social” en los que se pudiera inspirar la conciencia personal y colectiva logrando una actitud coherente de fe y vida, de años privada y compromiso social-profesional. ¿Se era bien consciente de lo que se pedía? Pocos años más tarde se formulo: “no se trabaja por la promoción de la justicia sin pagar un precio” (D.IV.46).

En 1965 había nacido una pequeña universidad, en el país más pequeño del continente, la Universidad Centroamericana José Simenón Canas del Salvador, hoy más conocida como “la UCA”. Nadie creería que ella no sólo crearía un modelo de universidad para el tercer mundo, sino que lo realizaría con tanta consecuencia y éxito que las fuerzas del mal se sintieron en el deber de asesinar a toda su dirigencia en el año 1989.

Modelo universitario. Les recomiendo leer la publicación de la UCA titulada “Planteamiento universitario” 1989, publicada todavía en años de Ellacuría y sus compañeros. 429 páginas de reflexión sobre la manera propia de entender la misión universitaria en un país del tercer mundo.

La autodefinition de la UCA “se debe a la experiencia histórica de la realidad social salvadoreña y a la experiencia ética de trabajar para su transformación” propiciando una “realidad más justa y racional”, todo concebido y realizado “universitariamente” y “desde la inspiración cristiana” (pág. 45).

Aquí tenemos los tres conceptos claves de la identidad de la UCA: cambio social, universidad, inspiración cristiana. En la UCA “no se pretende el cultivo del saber por el saber o la formación de profesionales en y por sí mismos, sino la investigación de la realidad nacional y la formación de aquellos que pueden contribuir a que esa realidad sea mejor, más justa y racional” (pág. 48). La UCA afirma claramente que “no es para sí misma... Su centro no está dentro de sí, ni en sus estudiantes, ni en sus profesores, ni en sus autoridades. Es para el pueblo salvadoreño. Él debe ser el centro y la orientación última de su actividad” (pág. 48-49).

Pero eso sí, ese cambio no se trata de hacerlo como partido político, sino como Universidad, universitariamente, es decir “como conciencia crítica y creadora de la realidad salvadoreña, entendiendo ‘conciencia’ como saber científico sobre y a partir de la realidad saber consciente del pueblo, su realidad y sus problemas... pero saber útil... La UCA debe descubrir las causas de la actual situación. y encontrar ideas, modelos, técnicas para propiciar estructuras más humanas”.

Y todo ello desde la inspiración cristiana, por que la fe cristiana nos enseña que “la historia humana es un proceso en el que se realiza no sólo la revelación de Dios sino también la salvación de los hombres mediante la construcción de una sociedad justa, libre y fraterna” (pág.52). La fe cristiana no sólo “impulsa a luchar contra las estructuras” injustas, sino que busca la “salvación de todo y de todos los hombres pero desde los pobres”: esto no quiere decir que la UCA tiene que “dejar de ser Universidad”, “o que los pobres estén en las aulas”, sino que “la Universidad se configure lo más posible según las exigencias de las mayorías populares, denunciando lo que es pecado, creando modelos más justos, desarrollando actitudes de esperanza, amor a la justicia, entrega a los demás, rechazo de los medios violentos” (pág. 53).

Las funciones de la Universidad. Este ideal lo quiere conseguir la UCA a través de las tres Funciones típicas de toda Universidad: investigación, docencia y proyección social. Pero la UCA tiene una manera propia de concebir su mutua articulación.

El fin de la proyección social es nada menos llegar a la “creación, modificación y configuración de la conciencia colectiva” (pág. 56) en El Salvador, “entrando en contacto con todas las fuerzas del país... manteniendo la excelencia para mostrar a cualquier grupo social lo racional de su propuesta”(62).

Efectivamente la “UCA es captada al nivel de la opinión pública como un fuerza social que desenmascara la irracionalidad e inmoralidad del sistema vigente... y también que colabora con la creación y animación de reformas estructurales... Es ejemplo de como una institución que no está basada en el lucro, que ni siquiera está fundada en la propiedad privada puede ser plenamente eficiente”(pág. 66-67)... La UCA no pretende llegar a todos sino que quedaría contenta si pudiera hacer del “ 20%” de los egresados “vehículos para el cambio social” y que al menos el otro 80% no sea obstáculo para él (pág.72).

Pero la UCA no sólo reflexionó sobre la forma de concebir su "proyección social", sino también su “investigación”: su tema fundamental es la realidad nacional salvadoreña...” nadie debería conocerla mejor que la UCA... para poder así crear alternativas viables” (pág.77). Lo que pretende la UCA con la investigación es “alcanzar la verdad con el mayor rigor racional posible pero en orden a conseguir el cambio social en el país” (pág.76).

Y en fin la “docencia” “debe ser optima tanto técnica como éticamente y ella debe ser comprendida como instrumento para que la proyección social sea la requerida y para que exija a su vez la investigación necesaria“. (Pág. 85-86).

¿Demasiado bonito? ¿Demasiado teórico, ¿Demasiado pretencioso? Algo tenía que tener también de verdad y realidad esa concepción universitaria para que Ellacuría en la celebración de los 20 años en 1985 se expresara públicamente así: “LA UCA es una verdadera fuerza social... por que ha hecho de la docencia, investigación y proyección social un poder en el Salvador orientado al cambio a favor de las mayorías... Esta posición no podía menos de traer represalias. Especialmente desde 1976, en que la UCA se comprometió con el primer intento de transformación agraria, la persecución la golpeó duramente y ha vivido desde entonces en estado de agresión y de peligro permanente” (pág.126).

¿Cómo no iban a estarlo si en la concesión póstuma del doctorado honoris causa de Monseñor Romero se atrevía Ellacuría a expresar: “compromiso de hacer de manera universitaria lo que Monseñor Romero hizo de manera pastoral. Son dos maneras distintas pero no dos objetivos distintos, ni dos aspiraciones divergentes” (pág.169).

Sabemos todos como terminaron Monseñor Romero en 1980 y el equipo directivo de la UCA, que diseñó e intentó vivir este ideal, en 1989. ¿Creen ustedes que las críticas de Buga a las universidades de inspiración cristiana han sido respondidas en este modelo? ¿Se realizaron en la UCA los aspiraciones del P. Arrupe de concretar modelos universitarios de compromiso social y de integración de fe y vida en América Latina?

“Es verdad que la mayoría de las universidades de la Compañía” tenemos que esforzarnos todavía mucho para “encarnar esta misión de servicio de la fe y su concomitante promoción de la justicia... Ello refleja el enorme reto que todos tenemos que encarar. Pero esta tarea es posible: cuenta con mártires que han testimoniado que una institución de enseñanza a investigación puede convertirse en instrumento de justicia en nombre del evangelio” (CG34,17.8)

6.2.- *Aporte del P. Peter Hams Kolvenbach.*

En esta línea de valoración y exigencias continua del apostolado universitario, pero dirigido a un público más universal, se insertan las orientaciones que durante estos años ha estado dando el P. Kolvenbach a las universidades confiadas a la Compañía de Jesús.

Durante estos últimos años -escribe en 1989 dirigiéndose a la Universidad de Georgetown, en su discurso más completo- “me impresionaron las iniciativas que se habían tomado en muchas Universidades para realizar la misión de la Compañías” de promoción de la justicia en nombre del evangelio. Para el P. Kolvenbach es claro que un centro educativo “puede ser instrumento totalmente apto para la misión de la Compañías” que tiene que inspirar todas las actividades de una Universidad según la naturaleza y diversidad de cada una de ellas.

El problema es que en estos años el contexto socio-cultural ha cambiado de forma tan acelerada y total que no es fácil tener claro cómo seguir adelante en la misión universitaria. Aunque esto es tarea para el discernimiento de cada una de las instituciones, el actual General de la Compañía si enfoca tres puntos concretos: seguir integrando cada vez mejor la misión de fe-justicia en la misión universitaria; crecer en la interdisciplinariedad, particularmente sin olvidar el diálogo con la teología, y avanzar en la conciencia común a jesuitas y laicos de participar en la misma misión.

El P. Kolvenbach tiene un especial interés en que la misión de una fe que exige la realización de la justicia en el mundo “aparezca en las declaraciones sobre la misión de todas las instituciones”

encomendadas a la Compañía. Aunque es verdad que lo importante es la práctica, pero las palabras programáticas de una Universidad tienen especial valor y comprometen a la institución.

En lo que respecta a la puesta en práctica de esta exigente misión el P. Kolvenbach anima a avanzar en dos puntos. Primero el de los valores: “toda disciplina es consciente que los valores que se transmiten dependen de presupuestos acerca de la persona humana, los cuales se usan como punto de partida de cada una de las disciplinas. Es ahí precisamente donde la promoción de la justicia en nombre del evangelio puede hacerse tangible y transparente. Estamos hablando por tanto de planes de estudio, cursos, investigaciones, es decir de facultades, de nosotros mismos, de los consejos directivos”.

En este contexto el P. Kolvenbach hace un aporte concreto a cómo hacer operativa la opción por los pobres que la misión de la Compañía, y de la Iglesia exige de todas sus instituciones. ¿Se quiere acaso decir, en una estrecha concepción de esta opción, que sólo tenemos que ocuparnos de la educación y el trabajo con los pobres? No se nos exige que eduquemos sólo a los pobres. “Nuestra opción exige mucho más, por que exige que eduquemos a todos, ricos, clase media y pobres, pero a todos desde una perspectiva de justicia“. ¿Y que quiere decir eso? Responde el P. Kolvenbach haciendo operativa la famosa opción por los pobres ante un público norteamericano: “la preocupación por los problemas sociales nunca debería estar ausente: deberíamos exigir a todos nuestros alumnos que usen la opción por los pobres como criterio, de forma que nunca tomen una decisión importante sin pensar antes lo que ella pueda afectar a los que ocupan el último lugar en la sociedad”.

Pero queda también la concepción concreta del P. Kolvenbach en relación con la interdisciplinariedad. En una universidad confiada a la dirección de la Compañía de Jesús es impensable una docencia y una investigación que no integren también los valores de la persona humana en su integridad y de la fe. “En una Universidad de jesuitas el conocimiento de la realidad total resulta incompleto si le falta el conocimiento de la humanizadora encarnación de Dios en Cristo y de la divinización del hombre por el don del Espíritu”.

Finalmente el punto que determinara el futuro de las universidades de la Compañía de Jesús será la capacidad que tengan de dar “una formación permanente a jesuitas y laicos” en orden a que todos se sientan participantes libres y convencidos de la misma misión apostólica. Se ha hecho mucho “pero tenemos que hacer más -dice el P. Kolvenbach-. Hemos visto casos de colaboradores admitidos basándose únicamente en títulos académicos... Si no se parte de un previo conocimiento claro de lo que constituye la misión de la Institución y de una previa aceptación con el compromiso de hacer propia esa misión, parece poco realista el que esperemos que una institución continúe en la tradición ignaciana”.

Las metas están claras y son claves para el futuro de la Universidad, aunque no fáciles de conseguir: ser cada día más consecuente con la misión de la promoción de la justicia en nombre del evangelio, como característica de nuestras instituciones universitarias; interdisciplinariedad cada día más conseguida entre las disciplinas universitarias y sin olvidar nunca el aporte de la fe; y crecimiento de una comunidad de misión participada de corazón por jesuitas y laicos.

VII.- Pueblo y Santo Domingo: el nuevo desafío de la identidad cultural.

7.1.- Aportes sobre la Universidad Católica y nuevos retos.

En el *Documento de Pueblo* se habla de la Universidad católica pero con un tono distinto del de Medellín. No es tan crítico en relación con la universidad católica y su misión en la sociedad. Señala por su parte la “enorme demanda de enseñanza superior (1051) y la clave que es la labor de “formar líderes constructores de una nueva sociedad” (1054), que sólo será posible si la Universidad logra transmitir con la fuerza del evangelio “una cultura integral... en la que lo nacional, humano y cristiano logren la mejor armonización” posible (1060). Y aunque Puebla exige un “continuo autoanálisis” de la misión de la Universidad, es consciente que hay que ser muy cunto al hacer juicios demasiado radicales pues los “resultados universitarios no pueden medirse a corto plazo”.

Si pasamos rápidamente a lo que explícitamente dicen los Obispos reunidos en Santo Domingo en 1992 sobre la misión universitaria, podemos ver que se prosigue en esta línea de Pueblo de creciente valoración del trabajo de educación e incluso se avanza más. Llega a hacer un llamado “a los religiosos que han abandonado el importante campo de la educación católica para que se reincorporen a su tarea“. Es muy interesante la razón que da: es posible vivir la opción por los pobres dentro del apostolado educativo: “recuerden que la opción por los pobres incluye la opción por los medios para que la gente salga de su miseria, y uno de esos medios privilegiados es la educación” (n.275).

Pero el aporte más original de Puebla-que Santo Domingo no hizo más que proseguir y profundizar- no es sólo haber clarificado doctrinalmente y haber formulado con precisión la opción por los pobres que la situación injusta de América Latina y el mensaje del Evangelio, exigían. No hubiera sido pequeño aporte haber confirmado esta opción y haberla hecho mucho más extensa en la Iglesia. El aporte más original de Puebla es haber introducido una misión más honda y compleja. por que realmente la realidad de América Latina no podía abarcarse totalmente sólo con el desafío de la justicia.

Puebla empieza a expresar que hay que embarcarse en la “evangelización de la cultura”. ¿Por qué? por que observando el desarrollo acelerado y desordenado de nuestras ciudades se está produciendo un desarraigo cultural de tal envergadura que no sólo supone un atentado contra la justicia sino que atenta incluso contra el alma misma latinoamericana: la “invasora cultura moderna” pareciera estar acabando con la cultura tradicional latinoamericana en la que el sentido de la compasión humana y el sentido de Dios eran tan connaturales. Puebla se pregunta no sólo por el tema de la justicia sino también por el complejo tema de la cultura. ¿Podría América Latina integrar positivamente la cultura moderna con sus valores, sin perder su propia identidad y los valores auténticos que le ha legado la tradición cristiana o terminaría convirtiéndose en un continente secularizado que ni siquiera iba a añorar su pasado cristiano? He aquí el nuevo tema que inaugura Puebla.

En realidad la Conferencia de los Obispos en Santo Domingo en 1992 no hizo otra cosa que desentrañar, ya desde su mismo lema inicial, la problemática que estaba ya presente en Puebla como una gran intuición pero sin una lograda integración de los dos grandes bloques de justicia y cultura. Por eso el tema de Santo Domingo, y también el título de su Documento es: “Nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana”. Como si dijera que la nueva evangelización que ha lanzado Juan Pablo II para América Latina -y después para todo el continente- tiene dos componentes esenciales, el reto de la justicia y el reto de la cultura.

7.2.- Respuesta actualizada de AUSJAL.

¿Cómo han reaccionado las universidades de AUSJAL a este doble reto? ¿Han olvidado el reto de la justicia? ¿O al contrario se han quedado estancadas en él? ¿O lo han cultivado con tanta unilateralidad que no le queda ya visión suficiente para atender también al nuevo reto de la cultura de la modernidad que pareciera atentar contra valores muy profundos del continente?

El desafío a seguir avanzando en una misión cada vez más exigente y compleja lanzado por la Iglesia del Continente fue tomado en serio por AUSJAL. Fíjense, se trata de sumar muchas cosas: excelencia universitaria en investigación, docencia y difusión social para poder ser verdadera universidad. Más diálogo ciencia-fe e integración de fe y vida para poder ser además universidad católica. Más desafío de justicia que la conciencia Latinoamérica nos lanza desde Medellín. Más desafío de la identidad cultural colectiva ante el ambiguo y poderoso embate de la modernidad.

El General de los jesuitas retó a los rectores de AUSJAL a diseñar las características propias de la enseñanza superior ignaciana hoy, así como lo habían hecho para la educación secundaria los colegios en el año 1986.

Los rectores de AUSJAL aceptaron el reto y después de cuatro años de trabajo en equipo, el año 95 fueron capaces de formular creativamente la misión universitaria cristiana y jesuítica de las universidades en América Latina.

Desde el primer momento tiene que quedar claro cuál es el interés último de la actividad universitaria: no el saber por el saber, ni meramente el preparar profesionales que puedan responder muy bien al mercado pero que sean insensibles a la solidaridad humana. No. Desde el primer número se lanza el doble desafío: “¿los poderes, saberes y haberes predominantes del continente -entre los que están los universitarios- están ordenados a producir vida y a crear sociedades más dignas y justas? ¿Vivimos y somos protagonistas de una cultura abierta a Dios y abierta al hermano o va prevaleciendo una cultura cerrada en la que hay poco lugar para la solidaridad humana y para la trascendencia religiosa?”. Estos dos interrogantes deben enmarcar y orientar toda la actividad universitaria de AUSJAL. Ven ustedes cómo desde el comienzo AUSJAL quiere tener delante los dos problemas que la realidad latinoamericana plantea a la conciencia cristiana hoy.

Ante el reto tremendo de construir una Latinoamérica nueva, con sociedades no sólo más productivas sino también más justas, los representantes de nuestras instituciones se reafirman que el elemento clave del desarrollo en orden a construir el futuro es la educación. Ella es el elemento capaz de potenciar al ser humano, que es el factor que añade valor a todas las otras cosas creando la riqueza y el progreso. El ser humano, potenciado por la educación, es el elemento clave del desarrollo. En América Latina necesitamos incrementar radicalmente la capacidad humana productiva y organizativa de nuestras sociedades pero eso sí orientada y animada por nuevos valores de solidaridad (n.11. 15).

La auténtica pobreza de América Latina es el talento desperdiciado o no bien formado (n.16.24.25). El engaño es buscar la Universidad como acceso a la riqueza existente y no tanto como capacitación para crear la riqueza inexistente: no oro ni plata, sino sociedades dignas y medios de existencia suficientes para todos (n.16).

Éste es el reto que la justicia lanza a quienes con espíritu de fe trabajan y estudian en una universidad de la Compañía de Jesús en América Latina. Las Universidades de inspiración cristiana no pueden seguir preparando “profesionales exitosos para sociedades fracasadas” (n.69), ni tampoco seguir enriqueciendo más a los Estados Unidos con un permanente éxodo de los mejores talentos

preparados por nuestras universidades. Tienen que formar profesionales exitosos para sociedades que pueden y deben salir de su fracaso.

¿Y el nuevo reto de la cultura en qué consiste? ¿Cómo formula AUSJAL el desafío quizá más hondo a la conciencia cristiana ilustrada de América Latina?

La universidad latinoamericana se precia de ser heredera de la modernidad occidental que tantos adelantos ha proporcionado a la humanidad en estos últimos siglos. Esto es innegable. Pero las universidades son muy conscientes de estos avances de la cultura moderna (sobre todo en el campo de las ciencias y las tecnologías ¡y cuánto nosotros las necesitamos!) lo son menos de los engaños y callejones sin salida de la modernidad. Podemos sintetizarlos hablando de un materialismo que se conforma con tener más sin ser más, con crear sociedades en donde el más fuerte aplasta al débil y se olvida de él, con ir destruyendo un planeta e el que el Creador durante millones de años estuvo cariñosamente preparando y desarrollando la vida, con ir satisfaciendo al ser humano con una duda elegante sobre el destino final del hombre y la misma existencia de Dios.

En este cambio de época que estamos viviendo en toda América Latina, sobre todo en los inmensos barrios de nuestras ciudades, una de las labores más importantes de la Universidad católica y de inspiración cristiana es la labor de discernimiento cultural: cómo transmitir una cultura capaz de asimilar los verdaderos valores de la modernidad -qué tanto necesitamos como organización, productividad, capacidad técnica a investigativa que hacen crecer y que sirven a la humanidad, y cómo desenmascarar todo lo que atente contra los valores cristianos tan típicos d nuestros pueblos de la solidaridad humana y del hondo sentido de DIOS.

En esta grandiosa empresa ¿dónde fallamos más: en ser “universidades” buenas y de excelencia académica, o en ser universidades “católicas, de inspiración cristiana” capaces de transmitir sentido ético y trascendencia? Cada uno de ustedes puede dar su respuesta. Yo me inclinaría a decir que el fallo fundamental está no tanto en el sustantivo universidad sino en el adjetivo de inspiración cristiana.

Por eso se trataría, ni más ni menos, de llevar a la Universidad que mantiene en sí misma su exigencia intrínseca de excelencia académica, la mística de solidaridad y trascendencia que la Iglesia y la Compañía de Jesús tienen la misión de transmitir. Sí, queremos universidades excelentes pero para convertir nuestras sociedades en comunidades dignas para todos y no para seguir creciendo en sociedades rotas, egoístas y encerradas en sí mismas. Esto difícilmente podrá ser una realidad sin el fermento cristiano que tiene la fuerza divina de transformar en libertad el mundo.

VIII.- Metas para el tercer milenio.

Nuestra última etapa para estudiar la relación entre Iglesia y Universidad en América Latina la constituye el documento del Papa, escrito después de escuchar a los obispos de toda América reunidos en Roma y entregado a comienzo del presente año de 1999 en la Basílica de Guadalupe en México. No puede tener más actualidad su mensaje en orden a preparar el futuro.

El Papa indica a los católicos por dónde orientar el nuevo esfuerzo cristiano en el continente para el siglo XXI. Su orientación esta centrada -como no podía ser menos- en el encuentro personal con Cristo vivo. Ahí esta el manantial de renovación y esperanza para enfrentar este complejo continente americano de tradición cristiana pero con tantos problemas a solventar. La pastoral universitaria tiene aquí una labor inmensa, a compartir con el trabajo de evangelización explícito de las Iglesias cristianas.

Pero quizá lo que más llama la atención en el documento del Papa, leyéndolo desde nuestra perspectiva, es la importancia, que yo calificaría de excepcional, que el Papa da a la educación para el futuro cristiano del continente.

Dudo que otro documento sobre la misión de la Iglesia en América Latina haya dado una importancia tan grande a la educación como este último de Juan Pablo II. En la parte final, en la que describe y resume en qué consiste el nuevo esfuerzo eclesial en la evangelización del continente, el número más largo está dedicado precisamente a la Educación, sobre todo universitaria y secundaria. Este hecho debería confirmar nuestra vocación de educadores y al mismo tiempo alimentar nuestra responsabilidad.

El Papa considera la educación como un “campo privilegiado” (71 a) para inculturar en América Latina la visión cristiana del ser humano. Y por ello coloca al sector de la educación también en un “puesto privilegiado” en el proyecto que la Iglesia debe trazar para su trabajo en el próximo milenio. De tal forma que recuerda de nuevo la llamada que hicieron los obispos latinoamericanos en Santo Domingo el año 1992: las personas consagradas que estos años pasados han abandonado el tempo de la educación ¡deben de volver a él! La educación es algo “privilegiado” para la Iglesia

Y esto no sólo en referencia a la Iglesia latinoamericana que en los años anteriores a Medellín se desplazó del centro a la periferia, abandonando no raras veces importantes plataformas educativas, sino que también responde a los problemas de la Iglesia norteamericana, donde el abandono de las escuelas por parte de las religiosas se considera como uno de los grandes vacíos en la Iglesia norteamericana de la segunda mitad del siglo.

Eso sí, el Papa recuerda que no baste con ser buenas universidades, de reconocido prestigio académico. Es algo necesario pero no suficiente. Juan Pablo II acentúa dos condiciones para poder considerar a la educación como “campo y puesto privilegiado” de la misión de la Iglesia: la primera es su “clara orientación católica” que debe de manifestarse en el “proyecto educativo” que exprese su explícita referencia a Cristo, y a su concepción del hombre, la vida y el mundo y en el que la pastoral universitaria debería de jugar un papel tan importante (71 a). Y la segunda condición: que no cese en su esfuerzo -aunque no todo depende de ella- por procurar que los sectores menos favorecidos de la sociedad puedan acceder a sus aulas (71 b), (la iglesia no está de acuerdo con el monopolio del estado en la educación y lo considera como “una forma de totalitarismo lesivo de los derechos fundamentales que el mismo estado debería defender” (71 e).

Pero no se puede terminar esta perspectiva abierta por el Papa al apostolado de la educación en América sin mencionar también un punto importante que supone otra inflexión nueva en el mensaje de la Iglesia en América Latina: se refiere al destinatario privilegiado de la labor de la Iglesia.

Indudablemente que en primer lugar el destinatario privilegiado de la Iglesia no puede ser otro que el que tuvo Cristo quien el Espíritu unge para “evangelizar a los pobres” (67 b). La Iglesia mantiene clara la atención privilegiada a los pobres que es ya una “pacífica posesión” -al menos en teoría- del cristiano latinoamericano.

Pero hay un matiz importante. Dentro de la “opción por los jóvenes” (47) que se mantiene expresamente ya desde Puebla, este último documento del Papa habla -después de la atención privilegiada a los pobres- de la necesidad de atender con “fervor métodos renovados” a los “dirigentes de la sociedad” (67 c), a los que hay que llevar particularmente la “Doctrina Social”.

Es verdad que explícitamente no se menciona a la Universidad: pero ¿cómo es posible hablar de opción por los jóvenes y cómo es posible concebir un líder que hoy día no pase de alguna manera o en algún momento de su vida por la Universidad? La opción por los jóvenes y por los dirigentes en este próximo siglo XXI es de nuevo una forma de resaltar la importancia de nuestro trabajo universitario por el que pasan muchos de los destinatarios principales del mensaje cristiano. Y al resaltar la importancia de nuestro trabajo, al mismo tiempo debe crecer en nosotros la conciencia de nuestra responsabilidad.

Conclusión

¿Cómo lograr que jesuitas y laicos seamos cada día más conscientes como equipo de trabajo de la importancia de la misión encomendada, de la vocación dada por Dios al apostolado universitario? ¿Somos conscientes que estamos trabajando en uno de los centros neurálgicos del futuro del mundo, de la Iglesia y de la fe, con los destinatarios privilegiados de su esfuerzo evangelizador?

En misión tan trascendente, juntos seculares y jesuitas, no sólo deberíamos construir ideales equipos de trabajo y de misión apostólica en permanente esfuerzo actualizador, sino que deberíamos abrirnos cada vez más a las redes nacionales, continentales y mundiales que participan de la misma mística, para que en el siglo XX las universidades de inspiración cristiana manteniéndose a la vanguardia de la investigación y del conocimiento de la verdad no lo separen nunca del bien, del servicio a la solidaridad humana y de la abertura a la trascendencia de la fe.

**Orientaciones de la Iglesia
y de la Compañía para la Pastoral
universitaria de AUSJAL,**

Introducción

1.1.- *Esta exposición tendrá dos partes.*

La primera más teórica consistirá en recordar las enseñanzas fundamentales de la Iglesia y de la Compañías de Jesús en relación con el apostolado universitario. Es el tema que se me ha pedido.

La segunda tiene por objeto sintetizar las consecuencias prácticas de estos hermosos ideales cristianos. Aunque decía Ignacio Ellacuría “que no hay nada tan práctico como una buena teoría”, sin embargo siempre ayuda dar tiempo a desentrañar la teoría en sus consecuencias para la acción.

1.2.- *Pero antes de comenzar el desarrollo de nuestro tema es importante escoger el marco que pueda encuadrar nuestras reflexiones.*

Cuando hablamos de la pastoral universitaria (y sé que algunos de ustedes están intentando encontrar una mejor expresión para este trabajo). ¿A qué problema de la realidad estamos respondiendo? ¿Trabajamos en un campo marginal para la fe y para la Universidad? ¿Estamos escapando a las urgencias y necesidades prioritarias de nuestro mundo? En otras palabras, ¿cuál es la importancia de nuestro trabajo? Nadie puede entregarse a algo con pasión si no está convencido de su incidencia y significatividad histórica.

En la “Carta Magna” de las universidades católicas o de inspiración cristiana, la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, Juan Pablo II se cita a sí mismo en una frase que pronunció al comienzo de su pontificado ante el pleno del Colegio Cardenalicio: el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es ese campo vital en el que “se está jugando al final del siglo XX el futuro de la Iglesia y del mundo” (ECE.3).

Con esta frase se está situando la misión de la Universidad y su pastoral precisamente en el campo de lo cultural, que es el campo en el que se juega el futuro de la fe y el futuro del mundo. La razón de ello ya la expresó su predecesor Pablo VI en su quizá mejor documento, la *Evangelii Nuntiandi*, que tanta influencia ha tenido en América Latina a través del *Documento de Puebla*: “la rotura entre evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época” (E.N.20). (Por eso causó tanta consternación una breve noticia que salió en los periódicos italianos a fines del año pasado hablando de un país centroeuropeo. El titular rezaba así: “;Se vende parroquia para convertirla en mezquita”. Todo un símbolo de esta rotura entre evangelio y cultura en el continente que durante siglos fue la sede y casi “propiedad” del Cristianismo).

1.3.- *¿Pero por que en nuestros días está llegando a ser tan importante la dimensión cultural de la realidad?*

Existe el peligro de entender cultura meramente como acopio de conocimientos. Así un hombre culto, una persona que tiene una gran cultura, es aquel que posee una gran erudición. Quedaría por tanto fuera del campo cultural la mayoría de la humanidad. Entender así lo cultural impediría comprender en su amplitud que la rotura entre evangelio y cultura es “el” drama de nuestro tiempo.

Pero no es éste el sentido en que se entiende cultura en las citas usadas por Juan Pablo II o Pablo VI. Cultura hay que entenderla en sentido más profundo y global. En el sentido que ya el Concilio la entendió en la GS, y más tarde se desarrolló en profundidad en el Documento de Puebla (N. 387) y en

la CG34 de los Jesuitas en su decreto sobre Misión y Cultura.¹ En este sentido la cultura constituye una de las dimensiones más profundas y abarcadoras de la realidad humana. Veámoslo.

La realidad de la cultura es una dimensión social que nos envuelve a todos desde nuestro nacimiento y que de alguna manera nos va constituyendo como seres humanos. Tiene como tres niveles fundamentales.

El nivel más externo es el más visible y el que se expresa en las estructuras e instituciones de la sociedad, sean estas políticas, sociales, económicas, culturales. Este nivel más externo es el que aparece todos los días en los periódicos y noticias al hablarnos de los sindicatos, de los partidos, de los ejércitos, de las universidades, de la renta per capita, del fondo monetario y de los bancos. Todas estas instituciones pertenecen también a la cultura de un pueblo.

Pero debajo de este nivel más externo está otro nivel también visible, pero sobre el que normalmente no nos preguntamos su porqué pues lo damos por supuesto: es la dimensión de las costumbres, expresiones artísticas y simbólicas, ritos festivos, celebraciones y lenguas características de un pueblo. También este segundo nivel pertenece a la dimensión cultural de la realidad que nos abraza a todos. Pero no es todavía la dimensión más profunda.

Pues existe por fin un tercer nivel en toda cultura. Es la dimensión más subterránea y que supone el cimiento de las otras dos: es el sistema de valores y modos de sentir que caracteriza a un pueblo, sus convicciones últimas que dan sentido a su ser. Es como la “conciencia colectiva” que tiene un pueblo, que aunque es colectiva y recibida, cada uno la siente como propia y como objeto de su opción libre. Por eso la dimensión cultural es la dimensión que “legitima” todas las otras dimensiones humanas por que si están aceptadas por ella ya se consideran “propias” y no impuestas. Como podemos entender es éste un campo íntimamente ligado -ciertamente en América Latina- a las convicciones religiosas.

Es a este nivel donde se sitúa el gran drama de nuestro tiempo: ya el evangelio -al menos en algunas partes antiguamente cristianas- no inspira el sistema de valores, la conciencia colectiva, la forma de ser de un pueblo. El evangelio entonces resulta extraño, deja de interesar, de cuestionar, de dar sentido a la vida.

En este nivel de profundidad podemos entender por qué al final de la *Ex Corde Ecclesiae*, a modo de síntesis de todo el documento, se cite de nuevo la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI con unas palabras tan significativas como las siguientes: Evangelización significa “llevar la buena noticia a todos los estratos de la humanidad y, con su influjo, transformándola desde dentro, hacerla nueva... No se trata de predicar el evangelio en capas geográficas más bastas y en poblaciones más numerosas, sino que se trata también de alcanzar y transformar mediante la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes de inspiración y los modelos de vida de la humanidad” (E. N.18.19). Es decir, evangelizar significa inspirar el nivel más hondo de la cultura de un pueblo, lo que le hace ser él mismo.

Ésta es precisamente, según la *Ex Corde Ecclesiae*, “la misión fundamental de la Iglesia” (n.48) y a la que la Universidad de inspiración cristiana, “por su misma naturaleza hace una contribución

¹ Dec. IV “Nuestra Misión y la cultura”, N.1, notes 9: “culturas significa la manera en la que un grupo de personas vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura subyace un sistema de valores, de significados y de visones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida”. Como se puede observar es una densa definición. Creemos que esto mismo está más clara y organizadamente expresado en el documento de Puebla. desarrollado por J. C. Scannone en “Evangelización, culturas y teología”, Buenos Aires 1990, pág.128.

importante... pues las actividades básicas de una universidad católica se encuentran en sintonía con la misión evangelizadora de la Iglesia”(n.49).

Éste es el marco y tarea de la pastoral universitaria: costurar la rotura que constituye el drama de nuestro tiempo: la dimensión más honda de la vida humana que se aleja del Evangelio. En esta gigantesca empresa el rol de la Universidad puede ser clave.

En este sentido llamó la atención una intervención en el Sínodo de América que tuvo lugar en Roma el año 1997, que incluso ha citado el P. General Peter Hans Kolvenbach hablando a los universitarios en Venezuela. Refiriéndose a América Latina se expresaba así un conocido académico latinoamericano: “el mundo de los no-creyentes esta más cerca hoy de la fe explícita y de la Iglesia de lo que estaba hace cien años, entre otras cosas debido a la existencia de numerosas universidades católicas”. Por tanto aunque el reto es inmenso hay que enfrentarlo con esperanza. Hay razones también para ser optimistas.

Y esto es así por que la Universidad, como hermosamente expresaba Juan Pablo II en Guatemala el año 1983 inspirándose seguramente en el famoso *Documento de Buga* de 1967, debe ser “la conciencia viva de la sociedad” y por ello la anticipación de su futuro. Es decir, la parte más sensible y que mejor expresa lo que siente y vive una sociedad. Y al mismo tiempo la parte más preparada y crítica que más pronto se rebela contra todo lo que no responde a la verdad y al bien de un pueblo. Pues ésta es precisamente la esencia de la Universidad: la búsqueda y comunicación de la verdad para el bien común.

1.4.- Y ya desde la introducción podemos empezar a sacar las primeras aplicaciones prácticas para nuestra pastoral universitaria.

La primera sería intentar medir la conciencia que tenemos de la importancia del apostolado universitario que practicamos. Nadie trabaja con entusiasmo si no está convencido de la trascendencia de lo que hace. La pastoral universitaria se juega en el campo de lo cultural, del que depende la evangelización en su sentido más profundo, y en su centro más sensible, la Universidad. ¿Vivimos así nuestro trabajo? ¿Estamos a la altura de la preparación y entrega que exige?

La segunda reflexión práctica se refiere a la amplitud de la tarea encomendada. La pastoral es sólo una parte de la misión de la Universidad. No es meramente una parroquia, aunque pueda realizar labores pastorales y sacramentales. No es meramente pastoral juvenil, aunque se dedique con frecuencia a un público de jóvenes. Es un trabajo de evangelización explícita al servicio de esa misión que pretende unir fe y vida, fe y razón, evangelio y cultura, experiencia de fe y compromiso social y profesional. Es verdad que no puede abarcar toda la misión de la Universidad, pero tampoco puede salirse de ella ni empequeñecerse en multiplicidad de pequeñas actividades. Tiene que enmarcarse en esa gran misión de “unir existencialmente don ordenes de la realidad que demasiado frecuentemente tienden a colocarse antitéticamente la búsqueda de la verdad y la certeza- de haber conocido ya la fuente de la verdad” (Juan Pablo II, discurso al Inst. Católico de París, 1 de Junio 1980).

Para lograr mejor esa tarea esencial de “a la luz de la fe acompañar los itinerarios personales y comunitarios de integración de la existencia humana” (Const. Org. del Sect. Pasto. Ausj. 2.1), se debe evaluar:

- Por una parte la presencia o la coordinación de la pastoral universitaria con el Departamento o Centro de Integración de la Universidad que debe estar presente en cada uno de los currículums

(Ausjal 118b), transmitiendo con “equipos especializados” la dimensión antropológica, ética y de realidad nacional (Ausjal 119).

- Por otra parte sería el momento de ver la coordinación existente entre la pastoral universitaria y las otras actividades universitarias (¿a través de su representación en los órganos de gobierno universitario?) para ver como juntos vamos realizando esa misión universitaria y poder “contribuir a la necesaria tarea crítico-profética de confrontar la Universidad con su vocación y misión” (Constitución y Organización del Sect. Past. de Ausjal 2.4).

I.- El Concilio como respuesta al reto de la ruptura entre Evangelio y Cultura, de la lejanía entre Iglesia y Mundo.

El acontecimiento que constituye la encrucijada de la Iglesia en estos últimos siglos es el Concilio. Si queremos situar bien. nuestra pastoral tenemos que hacer referencia a él. Difícilmente se puede entender la Iglesia hoy sin la realidad desencadena por el Concilio Vaticano II (1962-1965). Ustedes saben que generalmente los historiadores ponen en el siglo XVI la etapa de la historia de la Iglesia anterior al Vaticano II.. En ese siglo tuvo lugar el Concilio de Trento (1546) como respuesta a la Reforma Protestante iniciada por Martín Lutero pocos años después de la llegada de los españoles y portugueses a América. El Vat. II es un hito histórico en la marcha de la Iglesia que inicia el fin de la época de la contrarreforma católica.

Cuando Juan XXIII convoca el concilio en 1959 tenía en ese momento dos objetivos fundamentales: por una parte el ecumenismo, el esfuerzo por unir a los cristianos. Y por otra el “aggiornamento”. Con esta última palabra Juan XXIII quería responder de alguna manera al problema de la creciente distancia entre la Iglesia y el mundo. El Papa Juan quería que la Iglesia se pusiera al día para con una vida y un lenguaje nuevo llevar con fuerza el mensaje del evangelio al mundo moderno. Él presentía también la ruptura, al menos en el primer mundo, entre evangelio y cultura contemporánea que está constituyendo el marco de nuestra reflexión.

Y el Concilio para esta grandiosa tarea de poner al día la Iglesia hizo fundamentalmente dos cosas: redefinir su identidad y reformular su misión.

Para redefinir su identidad elabora una nueva eclesiología en la Constitución *Lumen Gentium*: se pasa de una Iglesia concebida como “sociedad perfecta” que se defiende de un mundo hostil, a una Iglesia entendida como expresión de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí (LG 1), como fermento y alma de la sociedad humana (GS 40), como Pueblo de Dios (LG 9) que camina en medio de la historia de los hombres. En esta reformulación se expresa claramente el tránsito de una concepción cerrada a otra concepción más abierta de la Iglesia. Ratzinger expresa muy bien este cambio de época: la Iglesia pasa la página de “subsistir en sí misma como suprema posibilidad del ser, a la más significativa de abrirse, de darse, de ser Sacramento del mundo”. Un famoso libro de aquellos años resumía también muy bien el cambio práctico de actitud surgido de esta nueva concepción: “del anatema al diálogo”.

Esta nueva identidad de la Iglesia implica también una nueva manera de entender su misión: “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias” de la Iglesia (GS 1). Con esta cercanía al hombre de hoy le será más fácil a la Iglesia testimoniar al ser humano que Cristo es quien manifiesta “el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”, que es una

“vocación única” para todos los seres humanos, la “vocación divina” de llegar a ser hijos de Dios. (GS 20).

Pasemos ahora a sacar las conclusiones prácticas de esta apretadísima síntesis conciliar en relación con nuestra pastoral universitaria.

El cambio operado por esta nueva visión del Concilio en la Iglesia fue inmenso. De tal forma que en algunos sectores se perdió el sentido de la realidad y se dio lugar a excesos y radicalismos que provocaron en unos pánicos y desconcierto, en otros la reacción contraria de tipo tradicionalista y fundamentalista, y en otros la postura neoconservadora.

A nivel del laico profesional católico estas tendencias de tono más tradicional se han fortalecido en la Iglesia y se sigue proponiendo hoy con fuerza un modelo de cristiano que, temeroso de la identidad de su fe, busca seguridad y claridad ante el serio reto que propone al cristianismo el mundo de hoy. Le cuesta aceptar los aportes, muchas veces ambiguos de la modernidad, como son el pluralismo, la secularización (no el secularismo), el estudio crítico-histórico de la escritura... Esta postura tiende a absolutizar realidades que son relativas prescindiendo de la necesaria y correcta jerarquía de las verdades de la fe, queriendo someter toda otra postura eclesial a su limitada forma de pensar, incluso buscando el poder para imponer sus ideales espirituales.

Pero la Iglesia necesita también otro tipo de cristiano ilustrado. Como muy bien dice la *Ex Corde Ecclesiae* (n.41) le toca también a la Universidad católica preparar personas que tengan “una activa participación en la Iglesia” y que al mismo tiempo tengan un serio “compromiso en el mundo”. No se debe negar el rol que en la Iglesia también tienen que tener otros cristianos de carácter más conservador. Pero es necesario que las universidades encomendadas a la Compañía de Jesús hagan su aporte con otro tipo de cristiano de profunda experiencia espiritual, de lograda integración entre fe y cultura moderna, con capacidad de diálogo, tolerancia y discernimiento, y que al mismo tiempo tenga un coherente empeño en su compromiso social. Si todavía hoy no tenemos muchos de esos cristianos podemos esperar que el trabajo serio de la pastoral de nuestras universidades puedan formar esos cristianos que tanto necesitara el futuro de la iglesia.

La pregunta que aquí brota es si esa labor la estarnos haciendo con la suficiente seriedad y amplitud. O si todavía el futuro de la Iglesia y de su presencia en el mundo seguirá en manos de un solo tipo de cristiano, y no precisamente el sonado por la renovación del Vaticano II.

II.- El Concilio como tránsito de la Iglesia Occidental a la Iglesia mundial.

Pero podemos hacer todavía otra reflexión sobre el Concilio que nos ayude a evaluar nuestro trabajo pastoral y al mismo tiempo nos abra a las reflexiones posteriores que aún tenemos que hacer.

Todos sabemos que en los grandes acontecimientos de la Iglesia los hombres podemos planear una cosa pero que el Espíritu puede tener planes y metas inesperados para nosotros. Por eso para poder interpretar con menos riesgo de error estos grandes acontecimientos es importante dejar pasar un poco de tiempo.

El gran teólogo Karl Rahner, después de unos quince años de haber terminado el concilio hace una interpretación de él que nos puede ayudar en nuestras reflexiones. Para Karl Rahner el gran fruto del Concilio no es tanto la abertura ecuménica posconciliar, ni siquiera el *aggiornamento* eclesial

conseguido. Para Rahner el gran fruto inesperado y exuberante del Concilio, aquel que estaba empujando misteriosamente el Espíritu en su Iglesia, lo constituye el tránsito de una Iglesia occidental que deja Paso al nacimiento de una Iglesia mundial. ¿Qué se quiere decir con eso?

Después del Concilio, sin negar la fundamental unidad con la tradición de la Iglesia, si se produce un corte profundo con el pasado y comienza una actitud nueva más universal no sólo en relación con la concepción de la libertad religiosa, con la actitud hacia las otras religiones e iglesias, con la postura ante la colegialidad de los obispos. Sino que se produce un hecho histórico mayor: el tránsito de una Iglesia culturalmente occidental a otra de rostro mundial en la que la misma fe católica se puede expresar según la sensibilidad y los problemas de las diversas culturas que se dan en nuestro mundo.

Apenas a los dos años y medio de clausurado el Concilio, agosto de 1968, inauguran esta nueva etapa los obispos latinoamericanos con un documento sorprendente: el famoso documento de Medellín. Uno de los teólogos de confianza de Pablo VI, José Colombo, al hacer evaluación de los 20 años del Concilio, reconocía que ya “en la *Evangelii Nuntiandi* de 1975 el problema fundamental de la evangelización se refiere a las nuevas culturas del tercer mundo y a la nueva problemática” de la justicia y de la paz exigida por una iglesia mundial.

Para captar un poco lo inusitado de este cambio es importante conocer la división de la historia de la Iglesia que a esta luz presenta Rahner en su interpretación del Concilio. Para el culturalmente la historia de la Iglesia sólo tiene tres períodos. El primero, brevísimo, abarca los pocos años de la Iglesia primitiva en el que el mensaje cristiano se transmitió en la cultura hebrea.

Enseguida, ya con San Pablo, comienza el largo y profundo proceso de traducción y transmisión de la fe a través de la cultura grecolatina occidental. A través de esta cultura llegó la fe a los diversos continentes, también a América. Es una larga etapa que abarca casi veinte siglos y llega hasta nuestros días.

Y finalmente el tercer periodo que con el Vaticano II abre la Iglesia a una comunidad verdaderamente mundial, con el ideal de expresar la misma fe católica universal en las diversas culturas. (Permítanme una anécdota que es al mismo tiempo una imagen epocal: la inauguración del Sínodo de África se inauguró con miles de mujeres de color danzando al sonido de ritmos africanos y avanzando en los preciosos mármoles de la nave central en la solemne liturgia de la Basílica de San Pedro en el Vaticano ante los ojos atónitos de algunos Monseñores romanos. Como que con esas danzantes religiosas estaba entrando en la Iglesia una nueva cultura diversa a la expresada en la liturgia romana tan occidental).

¿Por qué hemos hecho alusión a esta interpretación del Concilio en esta reflexión sobre la pastoral universitaria de AUSJAL? La Iglesia católica ya no es sólo la iglesia occidental europea, sino también la Iglesia en proceso de encarnación en las diversas culturas. La Iglesia católica es también la Iglesia de Medellín, Puebla y Santo Domingo. Las Universidades católicas son también las universidades de AUSJAL con unas características propias. No existe la cultura sino culturas. No existe la Universidad sino las universidades concretas. No existe la pastoral universitaria sino la pastoral concreta, inculturada en América Latina, de estas universidades concretas que sin dejar de ser plenamente fieles a la fe católica de la Iglesia una y universal al mismo tiempo responden a problemática y formal de ser muy específicas.

Por ello tenemos que fundar nuestra pastoral tanto en las indicaciones universales de *Ex Corde Ecclesiae* y *Ecclesia in América*, como en las más inculturadas de Medellín y Puebla, y en las más

particulares de cuño ignaciano típicas de la Compañía de Jesús. No podemos romper la tensión entre universalidad a inculturación: ni universalidad abstracta ni inculturación cerrada. De otra forma no podríamos responder al drama de nuestro tiempo de la ruptura entre evangelio y cultura que en cada región geográfica se vive de diverso modo a intensidad (no tendríamos por ello que hablar mejor de culturas).

III.- La Ex Corde Ecclesiae y la Pastoral Universitaria. (1990).

3.1.- Introducción.

Todos ustedes saber que en 1990 Juan Pablo II escribió la “carta magna” (ECE 8) de las Universidades católicas. Incluso se tuvo en la AUSJAL un importante encuentro en Bogotá para estudiar este documento: *Ex Corde Ecclesiae*. Por ello mis reflexiones serán esquemáticas, reduciéndome a lo fundamental.

La ruptura entre evangelio y cultura es una realidad presente hoy en algunos países o una amenaza futura para otros. Pocos instrumentos tan aptos para enfrentar a mediano y largo plazo este reto como la misma universidad católica o de inspiración cristiana que, como dice Juan Pablo II, pone a la Iglesia “en el corazón de cada cultura” (n. 2).

Todos sabemos que la Universidad es uno de los laboratorios humanos más formidables de creación de cultura: el avance o el retroceso de la humanidad parte muchas veces de ella. No sólo muchos premios nobeles, sino también con frecuencia los gabinetes de gobierno y las publicaciones más significativas salón de hombres y mujeres que pertenecen a las comunidades universitarias. La presencia o ausencia de Dios en una sociedad parten no pocas veces de la Universidad, lo mismo que la correcta o incorrecta visión del ser humano y del orden internacional. Por no poner más que un ejemplo reciente, podemos recordar que a los padres del neoliberalismo se les llamaba los “Chicago boys” precisamente por la Universidad en la que ensañaban y se formaban.

3.2.- Contenido de la misión de la universidad.

Primero Universidad.

Como pastoralistas que participamos en lo más específico de la misión de la Iglesia tenemos que estar claros sobre lo que constituye la esencia de la misión de la Universidad católica.

Ésta tiene que ser en primer lugar universidad: comunidad de alumnos y profesores que investiga la verdad, que la trasmite y sirve al bien común de la sociedad en la que vive. Y todo ello con la debida autonomía administrativa y libertad académica. En lenguaje más conocido para nosotros se habla de la triple misión de investigación, docencia y proyección social esenciales a toda universidad.

En la última congregación general de los Jesuitas el decreto sobre las universidades afirma que el sustantivo es “universidad” y el adjetivo “católica” o “de inspiración cristiana” o “jesuítica”. Aunque a algunos esta formulación de sustantivo y adjetivo no les parece muy lograda, el mensaje fundamental es claro: una universidad católica o jesuítica tiene que ser una buena universidad, tiene que cumplir a satisfacción y dentro de sus posibilidades las exigencias de investigación y docencia que hacen de una

institución una universidad prestigiada y respetada. Poco sentido tendría una institución “muy católica” pero poco o mala universidad.

Pero no basta que sea universidad sino que tiene que ser católica o de inspiración cristiana o jesuítica. ¿En que consiste esta especificidad? ¿Por qué están tan interesadas la Iglesia y la Compañía de Jesús en estar presente en la Universidad? ¿Por qué se multiplican (y en exceso) en nuestros días las Universidades católicas? ¿Aportamos algo especial a la investigación, a la docencia, a la proyección social típicas de toda universidad?

En una universidad católica o de inspiración cristiana no sólo se quiere buscar la verdad investigando, enseñando, sirviendo al bien común de una sociedad, sino que esto se quiere y se debe de hacer de tal forma que ayude a conseguir en profesores y alumnos, y ojalá en la misma sociedad, una lograda síntesis de fe y ciencia, de fe y vida, de fe-cultura-justicia, de profesionalismo y ética, de experiencia cristiana y vivencia social y profesional. El ideal es que la búsqueda y aprendizaje de las verdades con minúscula nos acerquen cada vez más a la Verdad con mayúscula que es Dios. Ésta es la misión de la Universidad que se dice y quiere ser católica, de inspiración cristiana. Por ello debería de jugar un importante papel en la urgente empresa de superar el drama de nuestro tiempo: la ruptura entre evangelio, y cultura.

La universidad católica por su misma naturaleza hace (idealmente) una contribución importante a la labor de evangelización de la Iglesia, pues “lleva a Cabo una investigación iluminada por el mensaje evangélico que pone los nuevos descubrimientos humanos al servicio de los individuos y de la comunidad; que ofrece una enseñanza en un contexto de fe que forma hombres y mujeres capaces de juicio crítico y consciente de la trascendencia de la dignidad de la persona humana; que entrena profesionales capaces de incorporar valores éticos y auténtico espíritu de servicio; que dialoga con las culturas para que la fe pueda inculturarse mejor; que elabora una teología plenamente actualizada que responda a las aspiraciones de las generaciones de hoy” (ECE 49).

3.3.- La pastoral dentro de la misión de la universidad.

Dentro de esta ambiciosa misión debe situarse la pastoral universitaria. Es el trabajo explícito, que implícitamente debe realizar la universidad como un todo, no sólo en las investigaciones y enseñanza sino en todas sus actividades y pasta en su modo de organizarse.

No les extrañe que entonces la Iglesia señale lo típico de la pastoral universitaria como “el ofrecimiento a todos los miembros de la comunidad universitaria de poder integrar principios religiosos y morales con todas sus actividades, académicas o extra académicas. Es decir ayudar a la síntesis ideal cristiana: integrar la fe con la vida” (ECE 38).

Ustedes señalan, en su documento de Bogotá de mayo del año pasado, de forma muy completa y con formulaciones muy logradas siete medios concretos con los que la pastoral puede ayudar a lograr “a la luz de la fe la integración de la existencia humana”. En síntesis esbozan ustedes ahí todo un proyecto de pastoral universitaria.

Pero sí me gustaría destacar una actividad concreta que el mismo documento pontificio resalta en el n. 40 y que no podemos dejar pasar por alto: una de las prioridades de la pastoral universitaria será transmitir a alumnos y profesores el sentido social de su vida, es decir “la responsabilidad hacia quienes sufren... atenta particularmente a los más pobres y que soportan las consecuencias de la injusticia

económica, social, cultural o religiosa“. Si ustedes comprueban que este documento pontificio dedica cuatro párrafos al ministerio pastoral en las universidades, no deja de ser oxigenante que uno de ellos esté dedicado exclusivamente a la formación del sentido social de los miembros de la comunidad universitaria.

3.4.- Aplicaciones prácticas.

Les invito ahora a reflexionar sobre algunas consecuencias prácticas para nuestro trabajo. La primera sería la necesidad de una estrecha coordinación con las estructuras y autoridades universitarias en orden a participar plenamente de la misión de la universidad y de recordarle su finalidad última y característica. No debería ser la pastoral universitaria un reducto aislado que atiende las necesidades religiosas de algunas personas devotas que asisten a la universidad. Ya hemos hecho alusión a esto en la misma introducción, y ustedes el año pasado aludían a ello cuando hablaban del fortalecimiento de la dimensión pastoral en la estructura de AUSJAL. Me pregunto si eso no tendría que evaluarse también primero en cada una de las universidades (Coast. Past. Ausjal 3.1 y 3.2).

Por otra parte se impone la necesidad de tampoco contentarse con actividades sacramentales y espirituales, esenciales por cierto para toda pastoral pero que pueden quedar aisladas de la misión universitaria. Quizá tendríamos que preguntarnos si basta con la buena voluntad para hacer pastoral universitaria, o si más bien tienen que llenarse unas condiciones mínimas de preparación y sensibilidad para emprender esta tarea con un mínimo de éxito. Por ello podríamos preguntarnos hasta qué punto el pastoralista de AUSJAL puede prescindir totalmente de alguna presencia en el aula, especialmente en el área de integración.

Como la empresa es tan ambiciosa hay que ser conscientes que no puede ser obra de un individuo aislado. Debe ser obra de un equipo. La ECE habla de “suficiente número de gente calificada para este ministerio” (Normas gen. 6,2). Y de un equipo que requerirá tiempo y años para ir constituyendo una presencia a la altura del reto que se le impone. Equipo y estabilidad parecen requisitos indispensables.

Al mismo tiempo una pastoral como la que se propone idealmente -ya hemos dicho que requiere tiempo- supone una seria planificación, partiendo de metas realistas pero que aspiran a metas de largo alcance. Puede darse frustración si no se concretan las metas posibles y, sin fundamentos reales, se proclaman sólo las metas ideales. En este sentido es interesante la ponencia de Monseñor Terán tenida en Guadalajara en 1993 al hablar de las dos posibles maneras de entender la pastoral universitaria, sea a partir del ambicioso tema de la evangelización de la cultura sea a partir de la presencia sacramental y de formación espiritual en la vida de todos los días de la Universidad.

Pero lo dicho hasta aquí se refiere a todos los continentes. Son los ideales de la Iglesia en todas las universidades católicas del mundo.

¿Qué es lo específico de la pastoral universitaria en América Latina? ¿Cómo se unen las exigencias universales de la pastoral universitaria con las exigencias particulares de nuestro continente?

IV.- *Ecclesia in America (1999).*

El primer tramo del descenso de lo universal a lo particular lo podemos recorrer estudiando el mensaje de la exhortación apostólica pos-sinodal recientísima de Juan Pablo II, que fue entregada a los

obispos del continente en el santuario de la Virgen de Guadalupe de la ciudad de México en enero de este mismo año.

Es el momento de exponer nuestra interpretación de esta exhortación apostólica y de sacar las consecuencias para la pastoral universitaria en el continente americano. Veremos como se va concretando esa meta ideal y universal de unir fe y vida, fe y ciencia, fe y cultura, que es la meta de la misión universitaria cristiana.

El primer punto a considerar en la exhortación apostólica pos-sinodal es el mismo subtítulo: “encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, de comunión y de solidaridad”. Tenemos con ello ya esbozadas las cuatro primeras partes del mensaje. Primera: Encuentro con Cristo. Segunda: conversión. Tercera: comunión eclesial. Cuarta: solidaridad con los demás. No se puede negar que es difícil proponer un programa más completo con menos palabras.

En este contexto conviene desde el principio destacar el centro que recorre todo el documento: la centralidad del encuentro personal con Cristo y del aliento evangelizador que ese encuentro, si es verdadero, tiene que despertar en un continente cristiano pero con tantos problemas. No cabe duda que con ello se toca la raíz de la fe cristiana: encuentro con el Cristo vivo y misión apostólica universal. Y yo me pregunto si no hay aquí un reencuentro con nuestra esencia cristiana exigido en parte por el reto de la evangelización protestante en el continente.

Y no cabe duda que para la pastoral universitaria que busca el ideal de fe y vida, primero tiene que preguntarse si el joven universitario o el maduro profesor tiene fe, es decir, ha tenido ese encuentro personal con Cristo que es la condición necesaria para una verdadera fe cristiana. Es sumamente importante la afirmación de Juan Pablo II de que a pesar del reconocimiento de la piedad popular como algo característico del continente americano, que incluso llega a considerarla como “lugar de encuentro con Cristo” y “expresión de reculturación de la fe” (EIA 16), sin embargo se abre paso de forma significativa la afirmación de que hoy día en el continente americano “la fe ya no puede ser presupuesta” (EIA 69).

Pero en la estructura del documento hay un dato curioso. El documento no tiene cuatro partes -según los grandes acápites antes mencionados son cinco partes. La última está dedicada precisamente a la misión de la Iglesia hoy en América Latina: la nueva evangelización es como una síntesis de todo el documento. como si viniera a decir: después de este largo documento que intenta resumir la problemática del continente, quiero decirles cuáles son las cosas más importantes que lo resumen todo, los puntos que quieren concentrar nuestro empeño y que constituyen la esencia de una nueva evangelización del continente. Me atrevería a decir que aquí está el mensaje del Papa, después de haber escuchado y comunicado el mensaje del episcopado de todo el continente.

¿Y en qué consiste la nueva evangelización del continente? Evidentemente en el anuncio de Cristo (EIA 67-68), su asimilación en la catequesis (EIA 69) y el empuje misionero (EIA 66) que brota del encuentro con el Señor. Pero inmediatamente se pasa como contenido de esa misión a la “evangelización de la cultura” (EIA 70) encabezada por la cita de la *Evangelii Nuntiandi* de la rotura de evangelio y cultura”. Y esta evangelización de la cultura tiene dos naturas: la educación y los Medios de Comunicación Social (MCS). El número dedicado a la educación (secundaria y universitaria) es el número más largo del documento. Creo que en pocos documentos del Papa se acentúa tanto el rol de la educación en la evangelización de la Iglesia, que llegar a ser designado como “campo privilegiado para la inculturación del evangelio”(EIA 71). Y dentro de él se asigna a la pastoral universitaria una “particular solicitud” para que “los estudiantes lleguen a ser ellos mismos

evangelizadores del medio universitario”(EIA 71). Es claro para Juan Pablo II, expresando el resumen del Sínodo de América que “en el proyecto de la nueva evangelización del continente americano el sector de la educación ocupa un puesto privilegiado”.

Pero esta última parte que describe la nueva evangelización del continente americano no sólo se refiere a los sectores prioritarios de actividad, sino que también señala dos destinatarios privilegiados. El primero naturalmente son los pobres (EIA 67c) que ya en el evangelio de Lucas explícitamente son señalados como los privilegiados de la misión del Mesías. El segundo destinatario lo constituyen “los dirigentes de la sociedad” (EIA 67c). Y nosotros añadimos que en un porcentaje altísimo, estos dirigentes pasan o han pasado por la universidad. Por eso no nos parece exagerado poder resumir los destinatarios de la nueva evangelización en el continente americano si utilizamos dos palabras: pobres y universitarios. Y de estos últimos se repite la importancia que tiene formarlos en su conciencia social, en la doctrina social de la Iglesia (EIA 18, 54-56, 67C).

Las conclusiones que aquí se desprenden para la pastoral universitaria son evidentes: conciencia creciente de la importancia del trabajo universitario no sólo a nivel de sector de actividad sino también como destinatario privilegiado de la actividad de la Iglesia en la nueva evangelización. Como podremos ver en otro contexto, desde la crisis de Medellín que expresaba un profundo cuestionamiento a las instituciones educativas, no cesa de crecer en estos treinta años la valoración que hace la Iglesia de la importancia apostólica de la educación.

Aplicaciones practicas para nuestra pastoral:

La pastoral universitaria tiene que partir de una fe que brota del encuentro personal con Cristo y que ofrece una seria formación, particularmente en la Doctrina social que capacita al laico a ejercer su misión de fermento del mundo secular. ¿No se deberían entonces multiplicar las ocasiones de anunciar el kerigma cristiano para posibilitar el encuentro personal con Cristo, base de todo proceso de formación cristiana? Esto naturalmente dentro de un profundo respeto a los diversos caminos y grados a los que Dios llama a cada persona. Pero no podemos suponer la fe: la pertenencia a la Iglesia de las personas va a depender cada día menos del bautismo y cada vez más de la comunidad que haya anunciado y comunicado un Cristo vivo. ¿No debería ofrecer la Universidad una plataforma importante para ello?

V.- Medellín, Puebla y Santo Domingo.

5.1. Medellín.

Pero todavía podemos descender más en el proceso de encarnación de la pastoral universitaria. Del mensaje universal de la *Ex Corde Ecclesiae* pasamos a lo continental de la Exhortación pos-sinodal *Ecclesia in América*. Y de lo continental bajamos ahora a lo latinoamericano. La Iglesia mundial que nació en el concilio es mundial por que siendo universal al mismo tiempo está plenamente inculturada en cada pueblo. Nos toca ahora, después de señalar los rasgos que pueden ayudar a la pastoral universitaria católica y americana, encontrar los rasgos que la constituyen latinoamericana. por que la pastoral tiene que responder a una realidad determinada y concreta. ¿Cómo conocer y determinar la realidad latinoamericana en la que tiene que vivirse la unidad de fe y vida?

Los dos grandes aportes de la Iglesia latinoamericana a la identidad cristiana del continente están sintetizados en las grandes reuniones de la Iglesia latinoamericana: las reuniones de Medellín (1968) y Puebla (1979). Creemos que el aporte de Santa Domingo (1992), por razones que sería prolijo enumerar aquí, no es tan significativo y está fundamentalmente incluido en las dos reuniones anteriores.

Medellín es la primera prueba de la realidad de una “iglesia mundial” como fruto del Concilio Vaticano II. Es la respuesta creativa y propia de la Iglesia latinoamericana cuando, con la nueva actitud de servicio y apertura al hombre en nombre del Evangelio aprendida en el Concilio Vaticano II, la Iglesia descubre su propia realidad: la de las mayorías pobres y creyentes. Ante esa realidad se propone como misión la de asumir, desde el espíritu del Evangelio, el cambio hacia una mayor justicia en el Continente como la forma más eficaz de asegurar la paz tan amenazada por las estructuras de pecado: “No tendremos continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras. Pero sobre todo no tendremos continente nuevo sin hombres y mujeres nuevas que a la luz del evangelio sepan ser libres y responsables” (Just. 3b).

Desde Medellín no se puede concebir en América Latina una integración de fe y vida sin un compromiso serio por la construcción de sociedades más justas y dignas. Como dicen los Obispos en su Mensaje introductorio: “debe terminar la separación entre la fe y la vida, por que en Cristo Jesús lo único que cuenta es la “fe que obra por medio del amor” (Gal. 5,6) Mensaje: compromisos.

No es extraño por ello que las consignas de Medellín vayan en esta dirección: “la enseñanza teológica debe estar en todos los sectores de la Universidad en armónica integración... y en íntima comunión con las exigencias más profundas del hombre” (Educ. IV, 21). Pero no basta este mensaje al interior de la Universidad: ella “debe estar integrada en la vida nacional y responder con espíritu creador y valentía a las exigencias del propio país” (IV 23), y ojalá “que todos los sectores sociales tengan acceso sin discriminación” (IV 18) a la universidad católica.

Con estas metas el juicio que se hacía la Iglesia de aquel tiempo de las universidades católicas hay que reconocer que no era muy halagüeño: “el esfuerzo que han significado la creación de Universidades católicas en América Latina no ha respondido a las esperanzas que se cifraban en ellas” decían sinceramente los obispos reunidos en Buga (n. 1) en 1967 preparando la reunión de Medellín. Por esta razón no pocos religiosos dejaron las instituciones educativas para empeñarse en actividades que se creían con mayor sentido social en beneficio de las mayorías pobres. El cuestionamiento de las instituciones educativas y de la labor cristiana realizada en ellas fue en estos años muy fuerte. Pero, no podemos olvidarlo, también se promovió el esfuerzo de las universidades y de las instituciones educativas para ponerse a la altura de las nuevas exigencias cristianas.

Una prueba de ello son por ejemplo las palabras de Ignacio Ellacuría al conceder, *post mortem*, el doctorado a Monseñor Romero en la UCA del Salvador en el año 1985: “La universidad, no sin el influjo de la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín en 1968, sostuvo que en América Latina y, más particularmente en el Salvador, la paz tenía un nombre preciso: liberación... Sostuvo... que las palabras justicia, libertad y paz no fueran ya mentiras políticas sino realidades puestas en marcha y disputadas realmente por más y más hermanos salvadoreños”.

Para nuestra reflexión pastoral quedan siempre como un reto los interrogantes lanzados por Medellín a las Universidades:

- la integración del mensaje de la Fe en todos los currículos,

- la integración de la universidad en la vida nacional y en sus problemas,
- la integración en la Universidad de todas las clases sociales.

5.2.- Puebla y Santo Domingo.

Si Medellín supuso para la fe cristiana de los latinoamericanos el compromiso con un mundo más justo y pacífico (los primeros y más conocidos documentos de Medellín fueron precisamente los documentos de “Justicia” y “Paz”), la reunión de los obispos de Puebla no sólo confirmó esta opción sino que la completó y profundizó diez años más tarde en 1979, ya con la presencia de Juan Pablo II, introduciendo el tema de la cultura.

La preparación de la reunión de Puebla dio ocasión al debate teológico más amplio e intenso de la historia de la Iglesia latinoamericana. Las posturas se polarizaron: los defensores de la justicia contra los promotores de la cultura. ¿Cuál era el reto de la Iglesia latinoamericana después de Medellín? ¿Seguir insistiendo en un continente más justo ante una creciente brecha social, o promover la identidad cultural cristiana del pueblo latinoamericano en el que comenzaban a sentirse los embates secularizadores de la cultura moderna?

Con el tiempo y una mayor serenidad se empezó a captar que la respuesta de Puebla no era una respuesta de exclusión sino de integración. La Iglesia latinoamericana lanzaba no sólo la opción preferencial por los pobres como exigencias de todo cristiano que se preciara de serlo, sino que hacía ver que esta opción no era diversa de la evangelización en profundidad de la cultura cristiana que el pueblo latinoamericano había recibido de sus mayores. Defender, purificar y promover esta fe que formaba parte del modo de ser latinoamericano era una tarea que no podía menospreciarse sino que se debería profundizar como herramienta esencial de evangelización de la cultura moderna y como motor de liberación integral.

Por eso desde Puebla no sólo es importante el empeño de justicia por mejorar las estructuras sociales para que se viabilicen sociedades más dignas para todos, sino que también hay que conocer las estructuras culturales que están al fondo de nuestra compleja realidad latinoamericana y que durante siglos han empapado de valores cristianos nuestras sociedades y que hoy hay que purificar y actualizar para que puedan seguir siendo motor de liberación integral y modelo de integración cultural en una época de cambios sin precedentes.

Puebla por tanto plantea a la fe cristiana una doble tarea: la evangelización de la religiosidad popular para hacer crecer la identidad cristiana del continente y a la vez promover el potencial liberador de nuestro pueblo. Se trata al mismo tiempo de la meta de estimular sociedades cada vez más justas y dignas pero que no pierdan sus valores cristianos profundos.

Por ello el clima de Puebla ya es distinto del de Medellín en relación con la Universidad y su misión en la sociedad. Puebla señala la “enorme demanda de enseñanza superior” (DP. 1051) y la labor clave de “formar líderes constructores de una nueva sociedad” (DP. 1054), que sólo logrará si la Universidad logra transmitir con la fuerza del evangelio “una cultura integral... en la que lo nacional, humano y cristiano logren la mejor armonización” posible (DP. 1060). Y aunque exige un “continuo autoanálisis” de su misión, Puebla es consciente que hay que ser muy cuidadoso con hacer juicios demasiado radicales sobre la Universidad pues “los resultados universitarios no pueden medirse a corto plazo”.

Santo Domingo prosigue en la misma línea e incluso avanza más. Hace un llamado “a bs religiosos que han abandonado el importante campo de la educación católica para que se reincorporen a su tarea recordando que la opción por los pobres incluye la opción por los medios para que la gente salga de su miseria, y uno de esos medios privilegiados es la educación” (S. Domingo n. 275).

¿Cómo se puede traducir el aporte de Puebla en la pastoral universitaria?

América Latina no se transformará si los universitarios, que cuentan con las herramientas técnicas y organizativas de la modernidad y los poderes y haberes de la sociedad, no hacen como miembros de la Iglesia latinoamericana la opción preferencial por los pobres. Y ésta difícilmente se podrá hacer sin una profunda conversión y una visión de fe que sólo una seria pastoral puede transmitir en libertad.

Unas frases del P. Kolvenbach el año 1990 en la Universidad Iberoamericana de México expresan muy bien esta exigencia: “nuestra opción educativa es englobante y exigente por que nos pide educar a todos -ricos, clase media y pobres- pero desde una perspectiva de justicia, desde las necesidades y esperanzas de los pobres... La opción por los pobres ha de ser para toda la comunidad educativa un criterio tan evidente y claro que nunca tomemos una decisión importante en la vida universitaria y profesional sin pensar antes en el impacto que producirá en las mayorías desvalidas del país”. En la formación continua de docentes, investigadores y administradores (Línea de Acción 2 de AUSJAL) sería interesante estudiar qué rol tiene esta opción preferencial por los pobres, punto tan esencial para un cristiano latinoamericano.

Otro cuestionamiento práctico se refiere al estudio y/o valoración de la culturas cristiana de la gente. Y al mismo tiempo un intento por conocer más profundamente la compleja realidad cultural de América Latina en la que simultáneamente están presentes la culturas posmoderna, la culturas popular emergente de los inmensos barrios de nuestras ciudades, y las culturas indígenas y afroamericanas. Cuando en las clases de integración tratamos el tema de la realidad nacional y de la visión antropológica del ser humano (Línea de Acción 1 de AUSJAL) deberíamos reflexionar en qué medida está presente el tema tan actual y candente de la cultura.

VI.- Especificidad jesuítica de AUSJAL.

Hemos enmarcado la pastoral universitaria en el nuevo movimiento eclesial impulsado por el concilio. En este marco el distintivo cristiano universal tiene que estar unido a las particularidades locales de cada región pero también a los diversos carismas con los que se vive la fe cristiana. La Compañía de Jesús ha aportado a la Iglesia su carisma y tiene su forma propia de vivir la fe cristiana y de enfocar su trabajo y pastoral universitaria. Modestamente creemos con ello poder potenciar su identidad cristiana y latinoamericana.

Llegamos por tanto, después de lo eclesial y latinoamericano, a lo jesuítico. Pero para poder introducirnos en el tema necesitamos mencionar un elemento clave que fue una de las características principales del último congreso mundial de los jesuitas: la CG34 del año 1995. En esta última Congregación General se destacó el hecho de que los jesuitas ni trabajan, ni deben trabajar, ni pueden trabajar solos. Ya el Concilio Vaticano II había destacado que a los laicos por fuerza de su bautismo les compete esencialmente también participar en la misión de la Iglesia. No es una concesión, ni una oportunidad en tiempos difíciles, sino un derecho de su ser eclesial y cristiano.

Los jesuitas quieren por tanto no sólo ofrecer colaboración en su trabajo a laicos, sino que están convencidos que Dios llama a algunos de ellos a participar en la misión de la Compañía de Jesús. Participar en la misión es algo mucho más grande y ambicioso que meramente trabajar e incluso colaborar en una obra de la Compañía de Jesús. Misión significa, en este contexto, participación en la obra de Cristo y por lo mismo incluye vocación a la que Él invita y que capacita para esa misión y que exige entrega entusiasmada de la propia vida.

Y si esto es así en los diversos trabajos de una obra de la Compañías, ¡cuánto más en el trabajo explícitamente cristiano de la pastoral universitaria! Estamos afirmando por tanto que la pastoral universitaria no pueden ni deben llevarla sólo los jesuitas, que necesitan no sólo compañeros de equipo de trabajo sino también apóstoles laicos, personas vocacionadas por Dios para la misión de la pastoral universitaria de la Compañía de Jesús.

Ya sólo este punto de la vocación para la misión común de jesuitas y laicos requeriría de parte de todos una seria evaluación.

6.1.- Los Ejercicios Espirituales.

Y normalmente ¿dónde se verifica esa Ramada y dónde se forma para esa experiencia espiritual de misión según el carisma concreto de Compañías de Jesús?

Hoy día, gracias a Dios, estamos todos claros que difícilmente se podrá llevar con plenitud el trabajo de equipo de la misión de la pastoral universitaria si los jesuitas y laicos que se embarcan en ella no participan del mismo espíritu y misión. Es decir si no han hecho en profundidad la experiencia de los ejercicios de San Ignacio (de al menos ocho días y ojalá de los ejercicios completos, sea en retiro sea en la vida ordinaria).

En los Ejercicios se hace la experiencia cristiana que hay que transmitir a los demás en la Universidad. Experiencia cristiana que tiene dos elementos fundamentales: la experiencia de sentirse pecador, amado, perdonado y transformado por Dios, y la experiencia de sentirse personalmente

llamado a compartir con y como Cristo la misión de llevar adelante el Reino de Dios en este mundo. Sin esa experiencia de conversión y de llamada al seguimiento de Cristo hoy en nuestro mundo difícilmente vamos a compartir un equipo de trabajo universitario, y difícilmente vamos a transmitir una impronta ignaciana y jesuítica a la universidad y a la pastoral que realizamos.

Los ejercicios espirituales, con sus modos propios de orar, de incorporar el evangelio, examinarse, discernir, sentir con la Iglesia y comenzar a encontrar a Dios en todas las cosas, no sólo son entrenamiento personal de cada uno de los agentes de pastoral sino también medio privilegiado para transmitir una mística cristiana en la Universidad. A través de ellos lograremos, en nuestra diversidad y pluralidad, hablar un mismo lenguaje y transmitir la esencia de un mensaje coherente en la diversidad y fracturación cultural de nuestro medio.

Esta experiencia nos capacitará también para esa sensibilidad discernidora que dentro de tantas cosas a realizar nos permitirá acertar con los medios concretos que requiere hoy un proyecto pastoral eficaz y actual en el mundo universitario de hoy.

Ésta es la aplicación práctica más importante para una pastoral universitaria que además de eclesial y latinoamericana quiera ser jesuítica-ignaciana: ¿Hasta dónde ha llegado la experiencia espiritual de los ejercicios en los miembros de nuestro equipo? ¿Hasta dónde ha llegado la experiencia de los ejercicios (en sus diversos modos) en nuestra pastoral universitaria a nivel de profesores, estudiantes, trabajadores? Ya la segunda línea de acción de AUSJAL decía que “debemos fomentar en todas nuestras universidades una oferta creciente de retiros espirituales y Ejercicios de San Ignacio para el personal académico y administrativo que pueda y quiera hacerlos libremente. Nuestras universidades dedicarán personal y recursos para desarrollar esta actividad con calidad: ella no debe ser dejada a la improvisación o vista como algo excepcional sino algo lógico que se derive de su específica identidad”.

6.2.- *La actualización de la Misión de la Compañía de Jesús: CG34.*

Pero no baste haber hecho la experiencia de los ejercicios. Hace falta que esa capacidad de discernir aprendida en los ejercicios se ejerza continuamente para actualizar la misión de Cristo hoy en nuestro mundo. Quienes en el siglo XVI o XVIII o en los años cincuenta de este siglo hicieron ejercicios veían de distinta manera la instauración del Reino de Dios de como la vemos y sentimos hoy.

Incluso hoy día dentro de la Iglesia existen maneras y estilos muy diversos de concebir su misión. La Compañía de Jesús -dentro de la misión de la Iglesia- tiene una forma propia de concebirla. Considera que no se trasmite una verdadera fe hoy si al mismo tiempo no se trasmite la exigencia de esa fe de realizar obras de fraternidad y justicia en este mundo. Consiguientemente las universidades encomendadas a la Compañía son “lugares de serena y abierta investigación de la verdad” (CG34, 17.6) como no podía ser menos. Pero nuestras universidades deben también descubrir en su propia estructura como institución y en sus objetivos un campo específico para el encuentro con la fe que hace justicia” (CG34, 7). Esto mismo lo expresaba el P. Kolvenbach años antes en la universidad de Georgetown (1989): “en vez de considerar la justicia en nombre del evangelio, como una amenaza la debemos de considerar como un compromiso que nos fuerza a reevaluar nuestras Universidades, nuestras prioridades en la docencia, nuestros programas, nuestros esfuerzos de investigación” (introducción al discurso).

Esto hoy día ha llegado a ser algo tan evidente también en la Iglesia -y quizá algo se ha debido al influjo de la Compañía - que la propia *Ex Corde Ecclesiae* entre los puntos que concretan la misión de

la Universidad católica en el mundo está “la promoción de la justicia social” (ECE 34.40), y entre los puntos a investigar hoy en una universidad católica destacan entre otros “la promoción de la justicia para todos... una más justa distribución de las riquezas... un nuevo orden económico y político mundial” (ECE 32).

Esto ya era un antiguo aporte de la Compañía que todos conocemos y que en el último cuarto de siglo cambió incluso la imagen de los jesuitas. Lo que sí es un acento nuevo en la CG34 es haber precisado explícitamente la fuente de ese empeño por la Justicia: brota de la fe cristiana y no meramente de justificaciones o identificaciones con “ideologías o movimientos políticos particulares” (D 3.4).

También en el empeño por la justicia de las décadas pasadas había un acento casi exclusivo en el cambio de las estructuras de la sociedad. Sigue siendo una meta ideal pero no pueden descuidarse programas y personas concretas a las que podemos proporcionar una vida mejor según las urgencias de los signos de los tiempos: refugiados, indígenas, problemas ecológicos, gente sin tierra, niños de la calle, drogadictos... y tantas otras víctimas de este mundo fracturado y cruel.

Los programas de voluntariado o servicio social de nuestras universidades, y que tan cerca deben estar de nuestro esfuerzo pastoral, son realizaciones concretas de esta orientación de la Compañía.

Pero la gran novedad de la CG34 es hacernos caer en la cuenta de la complejidad del mundo en el que vivimos y que confirma el marco en el que hemos colocado todas nuestras reflexiones.

Ayer creíamos que con un análisis socio-político-económico podíamos llegar a las últimas causas de la realidad. No habíamos descubierto todavía la trascendencia de su dimensión cultural. La CG34 nos dice que uno de los grandes aportes que podríamos hacer en una universidad de inspiración jesuítica es “mostrar que la injusticia del mundo tiene sus raíces en el sistema de valores de una poderosa cultura moderna que está teniendo impacto mundial” (D 4,24). Incluso nos llega a aconsejar que quizá como miembros de una red de instituciones que participan de la misma manera de concebir la misión deberíamos concentrar nuestros esfuerzos “en la transformación de los valores culturales que mantienen y justifican un orden social injusto”(D 4,28.3).

A más de uno de ustedes no les habrá pasado desapercibido el hecho de que estamos repitiendo, o más precisamente, de que estamos concretando la misma tarea encomendada por Medellín y por Puebla. Evidentemente que sí: seguimos batallando contra esa rotura entre evangelio, y cultura, entre fe y vida que ha sido el centro de nuestras reflexiones. Pero en vez de aburrirnos con la repetición nos reconfirmamos en ella por que desde ángulos tan diversos se nos impulsa y se nos concretan las mismas metas.

El último aporte de la CG34 a nuestra pastoral universitaria todavía no ha sido mencionado anteriormente y creemos corresponde muy bien a los desarrollos mis recientes de nuestra sociedad y éste sí rebasa un poco el mensaje de las reuniones eclesiales Latinoamericanas.

¿Se dan cuenta que hoy nuestros países son países cada vez más pluralistas, con cantidad de concepciones y ofertas religiosas? ¿Dónde queda ya el Brasil exclusivamente católico, la Latinoamérica únicamente católica? Hoy encontramos iglesias y religiones en cada uno de los rincones de nuestras ciudades y quizá ya en algunos de los miembros de nuestras familias. (La hermosa película brasileña “Estación Centro” nos lo hace vivir claramente).

¿Qué hacer ante esa situación? ¿Iniciamos una nueva cruzada, instituimos de nuevo la Inquisición? ¿Cómo se comporta una institución educativa que tiene el espíritu de la Compañía de Jesús? ¿Qué actitudes debe transmitir la pastoral universitaria de AUSJAL?

La nueva actitud podemos resumirla en tres rasgos fundamentales. El primero consiste en ver este pluralismo religioso con una visión de fe, con los Ojos de Dios: estamos presenciando “el diálogo profundo de Dios en su larga historia de autorevelación con la humanidad” (D 5.5) y así podremos ir comprendiendo más profundamente el significado de Cristo en relación con esa historia de revelación de Dios (D 5.7). Podrán haber tenido una escasa formación quienes abrazan distinta fe a la católica, pero normalmente no se les puede achacar mala voluntad y sí una búsqueda sincera de Dios y una liberación del mal que desgraciadamente nosotros en la Iglesia católica no hemos sabido llenar ni transmitir.

Esta actitud de respeto es la que se expresa en la segunda actitud propuesta por la Compañía para un mundo pluralista: la del diálogo como arma fundamental de convivencia. En América Latina y en el mundo no son pocas las universidades encomendadas a la Compañía entre las que se encuentran a gusto gente de otra profesión de fe -judíos, musulmanes, protestantes- precisamente por la tolerancia y respeto con el que se sienten tratados y que augura un mundo diverso del que actualmente presenciamos en el que la fe pareciera ser un arma arrojadiza propiciadora de mayor violencia.

Finalmente esta presencia en un mundo plural, presencia de fe y tolerancia, nos ofrece un horizonte inmenso de colaboración que tenemos que saber aprovechar: hay que “desencadenar el potencial liberador y pacificador de las religiones de este mundo para construir un mundo nuevo”(D 5.2,3), pues el compromiso en pro de la liberación integral humana, especialmente de los más pobres, “resulta punto de encuentro de las religiones” (D 5.8). Hay por delante una inmensa empresa por la justicia y por la Paz en el mundo.

Esta nueva actitud, si no la vivimos con convicción y coherencia no está exenta de riesgos ni de acusaciones interesadas: hace unos años se acusó a los jesuitas y a sus instituciones -y también desde dentro de la Iglesia- de marxistas por haberse entregado con pasión a la causa de la justicia y a la defensa de los más débiles. No sería extraño que en el tercer milenio se les comience a acusar de “relativistas” al comportarse con tolerancia y respeto con los hermanos de otras creencias religiosas. No debe extrañarnos: estar en la frontera no es una moda para la Compañía de Jesús sino parte de su identidad y de su misión en la Iglesia.

VII.- Una autodefinition de AUSJAL.

Queremos terminar nuestra ya larga exposici3n. Y no queremos dar ideas nuevas sino apropiarnos de las palabras con las que los mismos representantes de AUSJAL autodefinen la misi3n de las universidades confiadas a la Compaa de Jes3s en Am3rica Latina. Ellas, creemos, son el mejor resumen de todo lo que hemos estado diciendo a lo largo de nuestra exposici3n. Y eso tanto en sus grandes metas como en los puntos concretos tan apropiados para una evaluaci3n del trabajo de pastoral universitaria y que hemos tambi3n aprovechado ya en nuestra exposici3n.

El primer punto es el “desde d3nde” enfocamos todo el trabajo Universitario. Cu3l es el “inter3s de nuestro conocimiento” cuando emprendemos la empresa universitaria? Esa intenci3n profunda condiciona todos nuestros esfuerzos y los hace o los despoja de su dignidad cristiana. Esto lo expresan muy bien dos preguntas fundamentales que inauguran el documento de AUSJAL:

“Los poderes, saberes y haberes predominantes en el continente est3n ordenados a producir vida y a crear sociedades m3s dignas y m3s justas? Vivimos y somos protagonistas de una cultura abierta a Dios y abierta al hermano o va prevaleciendo con eficacia una cultura cerrada en la que hay poco lugar para la solidaridad y la trascendencia?” (AUSJAL 1).

Los dos grandes retos: el de la justicia y el de la cultura.

Qu3 realidad tenemos en Am3rica Latina?

A pesar de algunos logros innegables (pues no vamos a decir que todo es negativo) sin embargo Am3rica Latina no vive su mejor momento hist3rico: un grupo de sociedades, absorbidas por el remolino de la globalizaci3n, que van retrocediendo en su aporte y significaci3n mundial y profundizando el abismo entre ricos y pobres. Las ventajas que ten3a Am3rica Latina en el pasado -recursos naturales, materias primas y mano de obra barata- van desapareciendo con los nuevos materiales sint3ticos y la creciente automatizaci3n (AUSJAL 20-22).

Ante esta situaci3n de retroceso hist3rico el reto es inmenso, pues se trata de construir un continente nuevo: estable pol3ticamente (para atraer inversiones), unido socialmente (distribuyendo equitativamente beneficios y cargas), y con mayor capacidad de producci3n y organizaci3n. Qui3n va a producir este milagro en el continente?

El elemento clave para construir el futuro es la educaci3n. Ella es capaz de potenciar el elemento humano que pone el valor agregado a todas las cosas creando la riqueza y el progreso. El ser humano es el factor clave del desarrollo. En Am3rica Latina necesitamos incrementar radicalmente la capacidad humana productiva y organizativa de nuestras sociedades pero eso s3 orientada y animada por nuevos valores de solidaridad (AUSJAL 15) y de aperturas a la trascendencia. La aut3ntica pobreza de Am3rica Latina es el talento desperdiciado o no bien formado (AUSJAL 25). El engao es buscar la Universidad como acceso a la riqueza existente y no tanto como la capacitaci3n para crear la riqueza inexistente: no oro ni plata sino sociedades dignas y medios de existencia suficientes para todos (AUSJAL 16).

Este es el reto que la justicia lanza a quienes con esp3ritu de fe trabajan y estudian en una universidad de la Compaa de Jes3s en Am3rica Latina. Las Universidades de inspiraci3n cristiana no pueden seguir preparando “profesionales exitosos para sociedades fracasadas” (AUSJAL 69), ni

tampoco seguir enriqueciendo a Estados Unidos con un permanente éxodo de los mejores talentos. Tienen que formar profesionales exitosos para sociedades que pueden y deben salir de su fracaso. En esta grandiosa empresa ¿dónde está el fallo fundamental, en la calidad académica que exigimos o en la consecuencia ética que debemos de transmitir?. Con otras palabras, ¿Dónde fallamos más: en ser “universidades” o en ser “católicas, de inspiración cristiana, jesuíticas”? Se trata ni más ni menos de llevar a la universidad la mística de fe y justicia de la misión de la Compañía de Jesús. Sí, queremos universidades excelentes, pero para convertir nuestras sociedades en comunidades dignas para todos y no para seguir enriqueciendo a unos pocos. Y esto difícilmente será posible sin el fermento de la fe cristiana.

AUSJAL ha propuesto con fuerza el reto de la justicia al que se tiene que enfrentar la Universidad y la pastoral universitaria. Pero... ¿y el reto de la culturas? ¿En que consiste? ¿Cómo se puede formular? ¿Cómo podemos comprender con claridad este nuevo reto para poder enfrentarlo mejor en nuestra pastoral universitaria?

La universidad latinoamericana se precia de ser heredera de la modernidad occidental que tantos adelantos ha proporcionado a la humanidad en estos últimos siglos. Es innegable. Pero si nuestra universidad es muy consciente de estos avances (sobre todo en el campo de las ciencias y las tecnologías) lo es menos de los engaños y callejones sin salida de la modernidad. Podemos sintetizarlos hablando de consumismo, darwinismo social, desierto ecológico, agnosticismo.

Por si fuera poco lo dicho, tenemos que ser conscientes que ya no estamos en época de cambio sino en cambio de época: pierden relevancia las instituciones que fundaban el antiguo orden: estados nacionales, Iglesia, familias, partido político, sindicato (AUSJAL. 54.56).

En este inmenso cambio una de las labores más importantes de la Universidad de inspiración cristiana es una labor de discernimiento cultural: cómo asimilar los valores de la modernidad sin hacer peligrar los valores cristianos de la solidaridad humana y la apertura a Dios.

Podíamos terminar nuestra exposición con una frase de AUSJAL que puede ser buena formulación en América Latina del ideal de una verdadera pastoral universitaria no separa fe y vida sino que las une íntimamente:

Poner en nuestros países la riqueza, el saber y el poder al servicio de la persona humana, de toda persona humana, “sólo puede lograrse si la realidad del Dios amor es una fuerte vivencia personal y al mismo tiempo está equipada de los saberes científicos, técnicos y organizativos propios del mundo universitario’ (AUSJAL 94).